

NEW LEFT REVIEW 137

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2022

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Cinco guerras en una 7

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN El mundo y la izquierda 25

FRIGGA HAUG Recuerdos de aprendizaje 83

FORREST HILTON Y
AARON TAUSS Colombia en la encrucijada 95

EDWARD KING La novela histórico-mundial 139

CRÍTICA

ANAHID NERSESIAN El librero de la libertad 155

SAUL NELSON Realidades opuestas 163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



GÖRAN THERBORN

EL MUNDO Y LA IZQUIERDA

PARA HACERSE UNA idea de la posición actual de la izquierda a escala mundial puede ser útil empezar comparando este siglo con el anterior. Las épocas giran según su propia temporalidad en lugar de seguir el calendario gregoriano; sin embargo, para quienes las viven, el calendario puede seguir siendo una herramienta útil para marcar las rupturas y las transiciones históricas. El siglo xx fue moldeado e impulsado por dos dialécticas sistémicas, el capitalismo industrial y el colonialismo capitalista, comprendiendo el término «dialéctica» en el sentido de que el desarrollo de cada uno de estos sistemas sirvió para fortalecer a su parte explotada: esto es, las clases trabajadoras y los pueblos colonizados. La dialéctica no significa progreso mediante la evolución, la innovación y el crecimiento, sino la generación de cambio provocado por las contradicciones de la dinámica sistémica, que implica conflictos y trae aparejadas consecuencias imprevistas derivadas de las acciones protagonizadas por quienes dominan los procesos sistémicos, a menudo implicando un gran coste, que en nuestro caso incluye el desencadenamiento de guerras devastadoras y genocidios. El punto crucial de una dialéctica social-sistémica es que las contradicciones, los conflictos y los costes humanos del sufrimiento tienen una tendencia al desarrollo: en el siglo xx provocaron avances humanos históricos en el nivel y la esperanza de vida, la democracia, la libertad, la emancipación sexual y de género y la descolonización.

Sin embargo, a finales del siglo xx esta dialéctica se ha estancado. La clase obrera había avanzado en las sociedades industriales, pero el capital financiero fue el ganador de la desaparición de la industrialización. La dialéctica anticolonial terminó con la liberación, limitada y condicionada

a la postre, de los colonizados. Aunque muchos de sus logros persistieron –derechos laborales, Estados del bienestar, emancipación de la mujer, democracia– la izquierda del siglo pasado no proporcionó ninguna perspectiva para el futuro, ninguna inspiración y poca esperanza. Significativamente, la era neoliberal operó como un punto de inflexión entre los dos siglos y no solo en sentido cronológico. La globalización neoliberal-capitalista puso fin a la izquierda del siglo XX; pero también generó, por sus excesos, su arrogancia y sus desastres económicos, una nueva izquierda del siglo XXI. Además, esta era neoliberal se convirtió en el medio propicio para el ascenso de China y otros países no occidentales, desafiando la dominación mundial de Estados Unidos y, por consiguiente, desencadenando su propio ocaso.

En lugar de dar paso a una sociedad posindustrial como soñaba Daniel Bell en la que el «capital humano» produciría un «enorme crecimiento» en «el ámbito no lucrativo situado al margen de las empresas y el gobierno», el neoliberalismo produjo un tipo de capitalismo aún más brutal y despiadado, empeñado en mercantilizar la educación, la sanidad y otros servicios públicos¹. El siglo XXI no alberga ninguna gran dialéctica social; las nuevas formas de capitalismo financiero y digital no desarrollan ni fortalecen a sus adversarios. Pueden generar una ira justificada entre sus empleados e incluso intentos exitosos de sindicalización, pero la tendencia social del empleo de la clase trabajadora apunta de hecho a la intensificación del lazo de la vigilancia. La industrialización subcontratada en el Tercer Mundo dotará de fuerza gradualmente a una clase obrera industrial en el mismo, que no será, sin embargo, tan enorme como lo fue en Europa y ni siquiera como lo fue en Estados Unidos y Japón. Los porcentajes nacionales de empleo manufacturero e industrial ya están descendiendo en Asia y América Latina, mientras se estancan en un nivel bajo en África². Las sociedades industriales formadas y dirigidas por la dialéctica de clase del capitalismo industrial han desaparecido para siempre con el siglo pasado. La dialéctica del colonialismo también ha seguido su curso.

En lugar de la dialéctica severa pero finalmente esperanzadora del capitalismo industrial, el siglo XXI carga con sus legados preñados de

¹ Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society* [1976], Nueva York, 1999, pp. LXXXV, 169; ed. cast.: *El advenimiento de la sociedad posindustrial*, Madrid, 2006.

² UNCTAD, *Trade and Development Report 2016*, Table 3.2 (manufacturing employment); OIT, *Employment in Industry*, Ginebra, 2019.

desastres. Los efectos del cambio climático ya son tangiblemente calamitosos, desde América del Norte hasta Australia, desde Europa Central hasta el Sahel, China, Pakistán, Sudán y América Latina: temperaturas récord, sequías sin precedentes, incendios forestales masivos, tormentas, inundaciones y corrimientos de tierra. La Emergency Event Database registró 432 eventos desastrosos en 2021, cifra situada por encima de la media anual de 357 registradas entre 2000 y 2020, que afectaron a más de 100 millones de personas³. La Guerra Fría terminó, pero pronto se constató que los últimos guerreros de la misma habían dejado un regalo envenenado a la posteridad. El *deep state* estadounidense, dirigido originalmente por el asesor de seguridad de Carter, Zbigniew Brzezinski, seguido por el gobierno de Reagan, había decidido armar y financiar a los islamistas reaccionarios contra el «comunismo ateo» en Afganistán. Los islamistas interpretaron el colapso de la Unión Soviética como su victoria sobre una de las dos superpotencias no musulmanas y se prepararon para acabar con la otra. Este contragolpe desencadenó la «guerra contra el terror» de Bush Jr. consistente en devastadoras operaciones brutales y aterradoras infligidas en el cinturón de países que se extiende desde Libia a Yemen y de Somalia a Iraq, mientras los agentes de la CIA secuestraban a los sospechosos y los enviaban a cámaras de tortura facilitadas por las nuevas democracias de Polonia, Lituania y Rumanía.

Una geopolítica imperial despiadada, no restringida por el código de conducta no oficial de la Guerra Fría, acompañó así al siglo XXI desde el principio. Las contradicciones de la geopolítica imperial no constituyen, sin embargo, una dialéctica sistémica en virtud de la cual el desarrollo tiende a fortalecer a los explotados y oprimidos. Por el contrario, el baño de sangre registrado en «Oriente Próximo» sigue siendo un espectáculo secundario de los flujos oceánicos de la globalización neoliberal. El capitalismo digital y financiero está impulsando la dinámica del siglo XXI mediante la actual revolución tecnológica, que sacude todos los aspectos de la vida cotidiana, desde la adicción a Internet hasta los coches eléctricos sin conductor. La velocidad del auge de las empresas de alta tecnología y la escala de su dominio sobre el mercado mundial no tienen precedentes en la historia mundial: el sistema operativo Windows de Microsoft funciona en el 75 por 100 de los ordenadores de sobremesa del mundo; Facebook y su filial Instagram han captado el 82 por 100 del tráfico mundial de redes sociales; Google ha conquistado el 92 por 100 del mercado mundial

³ Datos procedentes del Centre for Research on the Epidemiology of Disasters (CRED) de la Universidad Católica de Lovaina.

de motores de búsqueda, mientras su sistema operativo Android controla más del 80 por 100 de los teléfonos inteligentes del mundo.

Procesos similares han tenido lugar en el sector financiero en el que un puñado de empresas de «gestión de activos» administran el enorme capital reunido por instituciones como los fondos de pensiones y los superricos. Solo dos países, Estados Unidos y China, tienen un PIB superior a la riqueza gestionada por BlackRock, cuyos activos rondan los 10 billones de dólares. Las diez mayores empresas de gestión de activos controlan en su conjunto 44 billones de dólares, que es la suma de los PIB anuales de Estados Unidos, China, Japón y Alemania. De las veinte mayores firmas, quince son estadounidenses. Los dirigentes y los propietarios de estas corporaciones digitales y financieras, a pesar de su perspicacia empresarial y su estudiada vestimenta informal, se encuentran entre las clases capitalistas más codiciosas y despiadadas desde la época de los *robber barons* [barones ladrones] estadounidense de finales del siglo XIX y de las plantaciones esclavistas. Unánimes a la hora de negar a sus trabajadores los más elementales derechos sindicales e igualmente eficaces en el diseño de sofisticados instrumentos de evasión fiscal, explotan la obtención de subvenciones públicas siempre que es posible. La tasa de beneficio bruto, descontados los costes de sus componentes y de fabricación, de un iPhone o de un Samsung Galaxy superaba el 60 por 100 en la década de 2010⁴. Este es el tercer legado preñado de desastres transmitido al siglo XXI: la desigualdad galopante. Este nuevo capitalismo despiadado no ha beneficiado a la mayoría de la población de los países del centro de la economía-mundo capitalista y tampoco a sus PIB respectivos, que solo crecieron como media el 1,8 por 100 anual entre 2000 y 2019.

Sin embargo, el siglo XXI ha producido una plétora de nuevas izquierdas que han sido impresionantemente creativas y radicales en su forma, partiendo de su propia indignación más que de las derrotas de sus predecesores. Este ensayo es un intento de comprender el contexto de la izquierda del siglo XXI y sus respuestas innovadoras a los principales retos de la coyuntura actual: la inminente catástrofe climática, el nuevo mundo de la geopolítica imperial y las abismales desigualdades

⁴ Los datos sobre los activos provienen de www.advratings.com y Wikipedia y se refieren a principios de 2022; los valores del PIB proceden del Banco Mundial. Sobre los beneficios de los teléfonos móviles, véase «The Rate of Exploitation: The Case of the iPhone», *Tricontinental Notebook*, núm. 2, 2019; «The Real Production Costs of Smartphones», *Techwalls.com*, 3 de octubre de 2022.

económicas existentes entre una humanidad cada vez más interconectada. ¿Cuáles son las perspectivas para la clase obrera del siglo XXI y para las ideas de la izquierda? Hace casi un cuarto de siglo, al abordar estas cuestiones en un editorial penetrantemente agudo, Perry Anderson concluyó que el punto de partida necesario para una izquierda realista era «un registro lúcido de la derrota histórica». No consideraba esta en absoluto definitiva, aunque pensaba que el neoliberalismo era «la ideología más exitosa de la historia [bajo la cual] poco menos que un desplome de las proporciones del acontecido durante el periodo de entreguerras [sería] capaz de sacudir los parámetros del consenso actual»⁵. En aquel momento, el ensayo de Anderson me pareció un modelo de integridad y firmeza y todavía lo considero así, pero tras haber transcurrido casi veinticinco años desde entonces creo también que nuestro legado del siglo XX debe ser descrito de manera algo diferente para que podamos comprender mejor lo que ha sucedido en las últimas décadas y lo que podría acontecer durante el resto del siglo, el más caluroso de la Tierra de los últimos doce mil años⁶. En lo que sigue, abordaré brevemente los principales determinantes de la izquierda del siglo XX el «punto de inflexión» constituido por el neoliberalismo para pasar de inmediato a analizar los diferentes contextos en los que han arraigado las izquierdas del siglo XXI, examinar sus formas y repertorios, desentrañar su impacto y evaluar los retos presentes en África, Asia y América Latina, así como en el «Norte global». «La izquierda» se entiende en este texto en un sentido ecuménico amplio y el mundo como el planeta.

I. EL SIGLO DIALÉCTICO

El mundo del siglo XX surgió en la década de 1870 durante la cual se produjo el despegue industrial de Estados Unidos tras la conclusión de su Guerra Civil y del Reich alemán unificado, así como gracias a la convocatoria de la Conferencia de Berlín sobre la colonización de África celebrada a finales de 1884 y principios de 1885. A partir de entonces, Europa y América del Norte se hallarían paulatinamente dominadas por el sistema social del capitalismo industrial, mientras África y Asia lo estarían por el colonialismo capitalista (América Latina, todavía gobernada

⁵ Perry Anderson, «Renewals», *NLR* 1, enero-febrero de 2000, pp. 12, 13, 15, ed. cast.: «Renovaciones», mayo-junio de 2000, pp. 13, 14, 16.

⁶ Darrell Kaufman *et al.*, «Holocene global mean surface temperature, a multi-method reconstruction approach», *Scientific Data*, vol. 7, artículo 201, 2020.

por Estados dominados por colonos vivía en una situación preindustrial y, por consiguiente, se hallaba excluida de ambos modelos). El colonialismo capitalista se diferenciaba de las formas anteriores de colonialismo en dos aspectos. En primer lugar, las conquistas coloniales debían ser valorizadas o «desarrolladas»; no eran modelos tributarios ni plantaciones de esclavos. En segundo lugar, sus poblaciones eran pueblos indígenas subyugados; no estaban destinadas a ser colonias de colonos. Ambas dialécticas se hallaban, por supuesto, entrelazadas; la geopolítica imperial global precedió al siglo xx y de hecho podría argumentarse que la primera «guerra mundial» fue la Guerra de los Siete Años, librada entre de 1754 y 1763 por el dominio imperial entre las respectivas coaliciones lideradas por Gran Bretaña y Francia en campos de batalla, que se extendieron desde Canadá hasta Bengala. Pero los conflictos industriales de las décadas de 1910 y 1940 implicaron un nivel de movilización socioeconómica sin precedentes, que provocó una carnicería humana de una magnitud desconocida hasta la fecha, lo cual implicó también que los resultados de las dos guerras mundiales del siglo xx tuvieran enormes consecuencias, que moldearon el mismo.

La dialéctica del capitalismo industrial y del colonialismo capitalista fueron notablemente similares. Ambas crearon un nuevo estrato social que era esencial para el funcionamiento del sistema, pero que al mismo tiempo era una fuerza subordinada con un potencial intrínsecamente racional-antagonista: los trabajadores de las fábricas, por un lado, y la *intelligentsia* de los colonizados, por otro, los «ejércitos de oficinistas» bilingües que Benedict Anderson describió como esenciales para la administración de la colonia⁷. Tanto las fábricas como las universidades coloniales reunían a personas de diferentes pueblos, provincias o tribus, creando una experiencia e identidad comunes, forjadas en oposición a las fuerzas del capital o del imperio. La educación colonial implicaba el aprendizaje de las instituciones del colonizador –el Estado-nación, la independencia nacional, los partidos políticos, la representación popular, la democracia–, todas ellas negadas a los colonizados. El desarrollo sistémico implicaba el crecimiento de la clase obrera industrial y de la intelectualidad colonizada y ello tanto en lo referido a su cohesión y confianza en sí mismas, como respecto a sus cifras concretas.

⁷ Cualquiera que haya leído algo sobre la historia del movimiento obrero se verá sorprendido por los paralelismos existentes entre la formación de la clase industrial y el surgimiento del nacionalismo colonial descrito en el insuperable análisis de Benedict Anderson, *Imagined Communities* [1983], Londres y Nueva York, 2016, capítulo 7; ed. cast.: *Comunidades imaginadas*, Ciudad de México, 2006.

Estas tendencias se desarrollaron lentamente. Al principio, la aparición del capitalismo industrial solo benefició a los capitalistas y a la burguesía rentista. Los salarios de los trabajadores permanecían estancados o disminuían, mientras que la explotación del trabajo infantil era espantosa, al igual que la esclavitud en las plantaciones industriales. Sin embargo, un aspecto de su dialéctica fue un crecimiento económico sin precedentes bajo un sistema que llegó a ser encabezado por el capital estadounidense. Sin embargo, la Revolución Industrial tardó más de un siglo en hacer llegar aspectos de su dinámica productiva a las masas del Norte global y otros cincuenta años en llegar al Sur global; solo entre 1998 y 2013 la «pobreza extrema», tal y como la designa el Banco Mundial, se redujo casi a la mitad, disminuyendo en casi mil millones de personas, principalmente pero no exclusivamente en China⁸. Sin embargo, con el capitalismo industrial, la clase obrera y su movimiento avanzaron en tamaño, fuerza e influencia política. Los derechos sindicales y de negociación colectiva se normalizaron en el mundo capitalista avanzado después de 1945: los representantes de los trabajadores obtuvieron voz en el gobierno y se ampliaron los derechos a la seguridad social, la vivienda y la salud y seguridad en el lugar de trabajo. El tercer cuarto del siglo xx, periodo culmen del capitalismo industrial, fue también el punto álgido de la influencia de la clase obrera en los Estados del bienestar industriales al hilo de las tasas máximas de sindicalización registradas en los países la OCDE en la década de 1970 y del punto máximo alcanzado por su peso social y político.

El siglo xx también trajo consigo importantes avances para las mujeres, una vez que la proletarianización capitalista hubo socavado el poder de sus padres ahora desposeídos. De Friedrich Engels a August Bebel, cuya obra *La mujer y el socialismo* fue un éxito de ventas solo superado por el *Manifiesto comunista*, el movimiento obrero marxista se comprometió con la emancipación de la mujer, aunque no siempre lo cumpliera en la práctica. La emancipación del patriarcado fue una prioridad legislativa para las Revoluciones Rusa y China, lo cual constituyó una iniciativa audaz en sociedades campesinas predominantemente tradicionales⁹. Aunque la norma burguesa del ama de casa conservaba algunos de

⁸ Después de 2013 el ritmo del cambio se ralentizó y se invirtió con la pandemia de la COVID-19. El África subsahariana no se incluyó en este ascenso histórico. En 2018 el África subsahariana tenía cien millones más de personas en situación de pobreza extrema. Datos del Banco Mundial.

⁹ Véase además Göran Therborn, *Between Sex and Power: Family in the World, 1900-2000*, Londres, 2004, pp. 79 y ss. Hay que añadir que el liberalismo escandinavo,

sus atractivos tanto para los hombres como para las mujeres de la clase trabajadora, esto comenzó a cambiar con la apertura de la educación superior masiva en los países ricos después de 1945; la hija educada de una familia de clase trabajadora tenía ahora mejores alternativas a la perspectiva de convertirse en ama de casa que el servicio doméstico o el trabajo industrial. O, dicho más precisamente, no las «tenía», pero podía palparlas y luchar por ellas. En la esfera de la política, sin embargo, el legado de la subalternidad conservadora de las mujeres persistió durante más tiempo. Guiadas por los sacerdotes y los mulás, así como por sus padres y sus maridos, la mayoría de las mujeres siguieron votando a la derecha política hasta las últimas décadas del siglo xx; no fue hasta la década de 1990 cuando la «brecha de género» se convirtió en norma en el Norte global en el que las mujeres tendían a ser más de centro-izquierda que los hombres¹⁰.

En comparación con el medio milenio de conquistas y dominación colonial europea, los procesos de liberación nacional y descolonización del siglo xx fueron rápidos, condensados en aproximadamente setenta años, si omitimos los casos precursores de Haití y Filipinas. Fue, sin embargo, una batalla dura y sangrienta contra el racismo y la represión institucionalizados librada por movimientos populares de masas movilizadas por la *intelligentsia* nacionalista. Aunque hubo algunos traspasos de poder pacíficos, todos los Estados imperiales sin excepción recurrieron a la guerra o a los asesinatos selectivos para defender al menos determinadas partes de sus dominios. La liberación nacional en África y Asia fue un logro trascendental en el que las izquierdas del Sur global desempeñaron un papel central, al que se unió un importante apoyo de las izquierdas de los países desarrollados. La solidaridad con los movimientos anticolonialistas y antiimperialistas fue un principio central para la izquierda del siglo xx, desde las iniciativas lanzadas por la Internacional comunista durante la década de 1920 – esto es, el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Bakú y el papel crucial desempeñado por sus agentes en China durante esa misma década– a las protestas contra la Guerra de Vietnam y los movimientos *antiapartheid* y pro palestinos registrados después de la Segunda Guerra Mundial.

con el apoyo de la socialdemocracia emergente, constituyó una vanguardia reformista de la despatriarcalización, iniciada en vísperas de la Primera Guerra Mundial.

¹⁰ Amory Gethin, Clara Martínez-Toledano y Thomas Piketty, *Clivages politiques et inégalités sociales: Une étude de 50 démocraties (1948-2020)*, París, 2021, pp. 83 y ss.

En este aspecto, pues, el siglo XX fue un siglo de logros para la izquierda en el que las semillas políticas de las revoluciones del siglo XVIII –las Revoluciones Francesa y Haitiana en particular– dieron sus frutos. Los audaces intentos de revolución anticapitalista verificados en las revoluciones acaecidas en Rusia y China triunfaron contra todo pronóstico, creando nuevas y poderosas sociedades a partir de regímenes dinásticos en decadencia. La descolonización triunfó en todo el mundo y así de los sueños de los revolucionarios clandestinos de la primera mitad del siglo XX surgió una panoplia de grandes Estados-nación independientes¹¹. El colonialismo de colonos israelí constituye ahora una aberración menor más que el ejemplo de una forma imperial europea fundamental. Por supuesto, estos logros no supusieron la realización de esos sueños. La dialéctica de la clase industrial descrita en *El capital* terminó creando Estados del bienestar, ubicados dentro de los confines del capitalismo. Tampoco las grandes revoluciones llevaron a sus pueblos al socialismo o al comunismo en el sentido marxiano; la necesidad de sobrevivir mediante el desarrollismo y las consecuencias brutalizantes de las guerras civiles contrarrevolucionarias se impusieron al proyecto socialista. Los Estados poscoloniales tampoco se convirtieron en faros de la libertad, la justicia y la igualdad populares.

Sin embargo, la convicción, básicamente correcta desde el punto de vista empírico, del carácter dialéctico de la explotación capitalista y colonial proporcionó a la izquierda del siglo XX, tanto reformista como revolucionaria, una perspectiva a largo plazo y una resiliente confianza colectiva en sí misma, que pudo sobrevivir a los tiempos más sombríos. Ser de izquierda significaba ver un horizonte de socialismo como una perspectiva de futuro realista. Las revoluciones del siglo XX, desde Rusia hasta Cuba, desempeñaron un papel importante a este respecto. Evaluar sus consecuencias va más allá del alcance de este ensayo, pero sus efectos sobre la izquierda del siglo XX deben ser abordados. Estos podrían resumirse bajo tres rúbricas: inspiración, división y esperanza. La Revolución bolchevique inspiró a los trabajadores de Europa y América a luchar por el socialismo, así como a los intelectuales y líderes populares de toda Asia, desde el Cáucaso hasta China y las entonces Indias Orientales Holandesas. La Revolución China inspiró también a los movimientos revolucionarios de campesinos y trabajadores de todo el sur y el sudeste

¹¹ Para una ilustración estimulante de este proceso en la historia temprana del anticolonialismo, véase Tim Harper, *Underground Asia: Global Revolutionaries and the Assault on Empire*, Cambridge (MA), 2021.

de Asia, mientras que el maoísmo tardío fortificó los movimientos estudiantiles y las movilizaciones de Francia e Italia, así como el nordeste de la India *naxalita* y Nepal. La experiencia cubana ayudó a encender un antiimperialismo hemisférico, convirtiendo gran parte de América Latina en un país guerrillero.

Pero desde el principio, estas revoluciones también sembraron la división en la izquierda. La Revolución Rusa provocó una ruptura, junto a la creada por la guerra imperial de 1914, entre la causa comunista de la dictadura proletaria y el reformismo de la tradición socialdemócrata. Tales divisiones se afianzaron por los elementos represivos y la *realpolitik* exterior de los Estados posrevolucionarios y el atlantismo de la Guerra Fría de la socialdemocracia occidental. Sin embargo, el elemento crucial es que las revoluciones del siglo xx siguieron siendo, en cierto modo, un faro de esperanza. Demostraron que podían existir sociedades no capitalistas y que, por lo tanto, era posible la existencia de otras sociedades mejores, caracterizadas por mayores grados de libertad e igualdad. Estas esperanzas no eran una pura ilusión, como demostraría la aparición de un líder como Dubček en 1968.

Los militantes de 1968 contemplaban el mundo a través de la lente de la revolución y comprendían su retroceso como un fracaso en su realización para lo cual entendían que era necesario un partido insurreccional. Su modelo había sido legado por la tradición leninista y sus interpretaciones en competencia: maoísta, trotskista, diversas variantes eurocomunistas e incluso algunos intentos incipientes de guerrilla urbana –las Brigate Rosse italianas y la Rote Armee Fraktion alemana–, que fracasaron. De hecho, el movimiento rebelde de 1968 y los años que lo precedieron y siguieron no surgió de la gran dialéctica que dio forma al siglo xx. Se trató sobre todo de una revuelta cultural generacional, protagonizada por los primeros estratos que habían crecido sin las sombras de la pobreza y la escasez, que exigió y creó una nueva cultura de la libertad, definida por la música rock y la liberación sexual. Sin embargo, esta cultura se volvió políticamente explosiva por su coincidencia y sus intersecciones con la dialéctica sistémica de la fuerza y la militancia de la clase obrera –el mayo de 1968 francés incluyó una huelga general y ocupaciones de los lugares de trabajo en todo el país–, con el auge del feminismo y con la guerra colonial estadounidense en Vietnam y las guerras de liberación nacional activas en África.

Aunque nunca se produjo una situación revolucionaria en Europa durante este periodo, la revolución estaba, sin embargo, en el aire, propulsada por el ataque convergente contra las fuerzas estadounidenses conmocionadas por la Ofensiva del Tet, la Revolución Cultural china y las guerrillas que estallaban a lo largo de América Latina, mientras Fidel Castro afirmaba que «el deber de todo revolucionario es hacer la revolución». A finales de mayo, De Gaulle incluso consideró necesario consultar a sus generales y evaluar su lealtad. Esa atmósfera se mantuvo durante los años siguientes, que conocieron grandes movimientos huelguísticos en Italia en 1969 y revoluciones que derribaron los regímenes fascistas de Portugal y Grecia en 1974. Cuando se posó el polvo de 1968, quedó claro que había surgido una nueva situación cultural y social basada en el antiautoritarismo y el feminismo, pero políticamente el movimiento había llegado a un punto muerto. En algunos aspectos, el estallido de la revolución de 1968 fue similar a la de los indignados de la década de 2010: ambos fueron levantamientos antiautoritarios liderados por jóvenes, con experimentos de democracia participativa y ocupación de calles y plazas. Pero los disturbios de la década de 2010 se desarrollaron a la sombra de la austeridad, las privatizaciones y el aumento del desempleo, todo ello ausente en gran medida en 1968, y ambos tuvieron trayectorias de desarrollo muy diferentes. Mientras que los indignados generaron nuevos movimientos y partidos políticos –Syriza, Podemos, las campañas de Bernie Sanders y Jeremy Corbyn, todos los cuales, sin duda, alcanzaron sus límites en los años siguientes–, la generación de 1968 produjo muy poco en términos de una nueva política y fue particularmente estéril¹².

Si el capitalismo industrial alcanzó su punto álgido en el núcleo occidental en la década de 1970, su trascendencia no se vio por ningún lado. Sin embargo, este cenit de desarrollo produjo algunas propuestas radicales y concretas de transformación socialista por parte del movimiento obrero predominante. Las más audaces de estas propuestas vinieron de Suecia y Francia, mientras que las ideas de democracia empresarial, cogestión y humanización del trabajo se extendieron más ampliamente. «Debe ser

¹² Un camino inicialmente más constructivo a partir de 1968 fue trazado durante la década de 1980 por los Verdes alemanes y sus seguidores en otros países. Sin embargo, cuando llegaron al poder en 1998, los Verdes alemanes habían abrazado el *deep state* de la OTAN y apoyaron los bombardeos de Yugoslavia. Actualmente apoyan el nacionalismo ucraniano como «defensa de nuestra libertad». Véase Wolfgang Streeck, «Desesperación estratégica», *NLR-Sidecar/El Salto*, 9 de septiembre de 2022.

tarea de la socialdemocracia convocar a la gente en torno a una alternativa tanto al capitalismo privado, como al capitalismo de Estado burocrático», escribió Olof Palme, entonces primer ministro de Suecia, identificando el «socialismo democrático» como la respuesta a esa disyuntiva¹³. En 1976, el congreso de la LO, la poderosa confederación sindical sueca, adoptó una propuesta de «fondos para los asalariados», a la que el economista sindical Rudolf Meidner dio un giro radical. Esta propuesta implicaba la asignación anual de acciones de las empresas a fondos controlados por los sindicatos, que se convertirían gradualmente en propietarios mayoritarios de las principales industrias suecas. La dirección del Partido Socialdemócrata Sueco, incluyendo a Palme, se vio sorprendida y se mostró descontenta con la propuesta; en 1978 el partido aceptó una versión suavizada, que incluía una cláusula de bloqueo que impedía un cambio de propiedad mayoritario. Un segundo intento de trascender el capitalismo surgió en Francia con la Unión de la Izquierda, que aglutinaba a los partidos socialista y comunista, bajo el llamado Programa Común. Dirigido por un astuto político de la IV República, François Mitterrand, sin credenciales socialistas hasta entonces, este se comprometía a nacionalizar nueve grandes grupos industriales, junto con los sectores del crédito y los seguros. Los primeros pasos en esta dirección produjeron una revuelta de los mercados y la política se revirtió dos años después tras la virulenta resistencia de la burguesía francesa y de sus medios de comunicación. El resultado no fue una lucha, sino un retroceso paulatino por parte de la izquierda predominante, esto es, los eurocomunistas y los socialdemócratas. Los mineros británicos dieron la batalla, pero fueron derrotados.

Una dinámica similar se desplegó en la URSS y en Europa del Este, donde el desarrollo social había engendrado finalmente una corriente de comunismo democrático-reformista. Mijail Gorbachov fue su figura principal, pero tendencias similares habían surgido en Hungría, Polonia y Eslovenia, y se hallaban latentes en otras partes de Europa del Este. Estos movimientos fueron efímeros, a pesar de que el apoyo a la restauración del capitalismo nunca fue fuerte¹⁴. Fueron estimulados y obstaculizados

¹³ Incluso Willy Brandt se refirió al «principio socialista» que sustentaba su programa como canciller alemán. Véase Willy Brandt, Bruno Kreisky y Olof Palme, *Brev och samtal* [Cartas y conversaciones], Estocolmo, 1976.

¹⁴ Bernd Hayo, «Public Support for Creating a Market Economy in Eastern Europe», *Journal of Comparative Economics*, vol. 32, núm. 4, diciembre de 2004, p. 828; Riccardo Rovelli y Anzelika Zaiceva, «Did Support for Economic and Political Reforms Increase during the Post-Communist Transition, and If So, Why?», *Economics of Transition*, vol. 21, núm. 2, abril de 2013, p. 200.

por el punto muerto del desarrollo social y económico registrado en el bloque soviético tras el estancamiento de la épica recuperación verificada después de la Segunda Guerra Mundial. La explicación de esta situación queda fuera de los parámetros de este breve estudio, pero se halla claramente relacionada con las fuerzas productivas emergentes, posindustriales y digitales, que eran nuevas para el socialismo industrial, tanto en el Oeste como en el Este. Además, la adaptación de la URSS se vio obstaculizada por los enormes costes derivados de la competencia militar entre las dos superpotencias, que llegó a representar un tercio del gasto total del Estado soviético¹⁵. En China, las aventuras maoístas tardías, como el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, acabaron en el fracaso y el caos, mientras que el retorno al socialismo soviético no era prometedor. En busca de un nuevo camino, los dirigentes comunistas chinos agrupados en torno a Deng invitaron a Milton Friedman y a los suyos a visitar China e incluso enviaron una misión exploratoria al Chile de Pinochet¹⁶. Mientras tanto, Yeltsin puso la economía rusa bajo la tutela de los economistas neoliberales occidentales, del mismo modo que la CIA y Saatchi & Saatchi aseguraban su reelección en 1996. El férreo dominio occidental de Rusia durante la década de 1990 retrotrajo al país a niveles relativos de desigualdad económica y de renta nacional similares a los vigentes durante la época zarista¹⁷.

¿Significó esto, à la Perry Anderson, la derrota de la izquierda? Me atrevería a decir que retrospectivamente el final del siglo XX podría caracterizarse en realidad como una situación de estancamiento y agotamiento: el estancamiento de las economías de estilo soviético y el agotamiento del movimiento obrero occidental en el punto álgido del desarrollo industrial-capitalista; o, entrelazando ambos procesos, el agotamiento de una era industrial de reformas y revoluciones. El siglo terminó con el neoliberalismo, que sustituyó al keynesianismo del Estado del bienestar nacional como ideología socioeconómica hegemónica. Este capitalismo agresivo, centrado exclusivamente en el beneficio, y organizado predominantemente como

¹⁵ Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge, 2006, p. 412.

¹⁶ Isabella Weber, *How China Escaped Shock Therapy: The Market Reform Debate*, Abingdon-on-Thames y Nueva York, 2021, pp. 130, 147.

¹⁷ En 1870 la renta nacional rusa per cápita era algo menos del 40 por 100 de la de Europa Occidental; en la década de 1970 era casi el 70 por 100, mientras que en la segunda mitad de la de 1990 volvía a ser algo menos del 40 por 100. En 1905 la mitad más pobre de la población rusa se repartía el 17 por 100 de la renta nacional; en 1995 solo recibía el 10 por 100. Véase Facundo Alvarado *et al.*, *World Inequality Report 2018*, París, World Inequality Lab, gráficos 2.8.2 y 2.8.5.

capital financiero, se convirtió en el nuevo paradigma al tiempo que se invertía bruscamente el lento proceso de igualación económica (nacional) iniciado desde 1945¹⁸. Ello supuso un espectacular retorno al poder para el liberalismo reaccionario militante de derecha, que en su día había quedado totalmente desacreditado por su incompetente despreocupación ante el desempleo masivo y el empobrecimiento causado por la Gran Depresión de la década de 1930. Ahora era el keynesianismo el que se mostraba impotente ante la nueva crisis económica de la década de 1980, mientras el neoliberalismo parecía ofrecer la solución a la misma. La nueva izquierda del siglo XXI debe ser evaluada en este contexto como un intento de mantener vivo el socialismo bajo la hegemonía mundial del neoliberalismo.

2. EL INTERLUDIO NEOLIBERAL

Dado su papel fundamental en la historia reciente, es preciso analizar brevemente el contexto y los contornos de la resurrección y la difusión mundial del neoliberalismo ya esbozados. En primer lugar, a partir de finales de la década de 1960 se produjo un descenso secular del empleo en la industria manufacturera estadounidense, el cual tenía razones tecnológicas, que se intensificaron, sin embargo, por el retorno al mercado mundial de los formidables competidores de Estados Unidos, esto es, de Alemania y Japón, junto con el de las antiguas colonias japonesas, que habían experimentado procesos únicos de industrialización, Corea del Sur y Taiwán¹⁹. Los beneficios del capital industrial del Norte global se vieron reducidos por la doble presión de la intensificada competencia internacional y el avance del movimiento obrero. Además, el desmoronamiento del sistema monetario interestatal de posguerra, relacionado con los costes derivados de la guerra de Vietnam, posibilitó las condiciones

¹⁸ El primer respaldo político al neoliberalismo provino de un lugar inesperado: la dictadura militar chilena de Augusto Pinochet. Inesperado, por la rareza del liberalismo militar, no por la alianza del liberalismo con la represión violenta del movimiento obrero, que ha sido consustancial al capitalismo. Como dijo Ludwig von Mises en 1927: «No se puede negar que el fascismo y movimientos similares, cuyo objetivo es establecer dictaduras, están llenos de las mejores intenciones y que su intervención ha salvado, por el momento, la civilización europea. El mérito que el fascismo se ha ganado por ello vivirá eternamente en la historia. No es, sin embargo, el tipo de régimen que puede prometer un éxito continuado», *Liberalismus*, Jena, 1927; edición estadounidense, *Liberalism*, Mission (KA), 1978, p. 51; ed. cast.: *Liberalismo*, Madrid, 2011.

¹⁹ Dos libros de Barry Bluestone y Bennett Harrison ofrecen una buena visión del proceso de desindustrialización: *The Deindustrialization of America*, Nueva York, 1982 y *The Great U-Turn*, Nueva York, 1988.

para la introducción de operaciones financieras no reguladas, mientras que los nuevos y asertivos petro Estados árabes subieron el precio del petróleo en protesta por el rescate de Israel por parte de Estados Unidos durante la Guerra de Yom Kipur de 1973. En este contexto, la brújula de los Estados keynesianos del bienestar nacional ya no podía proporcionar un norte verdadero. La curva de Phillips, que supuestamente indicaba el equilibrio entre el desempleo y la inflación, había dejado de funcionar.

Para el capital se abrían tres relucientes sendas para salir del atolladero de la contracción de los beneficios registrada en el Norte global. Una era la represión estatal: promover y apoyar la destrucción de los sindicatos. Los gobiernos de Reagan y Thatcher lideraron el camino, enfrentándose el primero a los controladores aéreos públicos y la segunda librando su particular guerra contra los mineros. Otra vía era la globalización, propiciada por la nueva tecnología digital, que facilitó la externalización de la fabricación a países de bajos salarios. En Estados Unidos, los productos manufacturados importados pasaron del 14 al 45 por 100 de la producción nacional entre 1969 y 1986. En tercer lugar, la tecnología digital también abrió nuevos medios de especulación financiera electrónica: en Estados Unidos, el sector FIRE (finanzas, seguros, bienes inmuebles) superó a la industria manufacturera como porcentaje del PIB en torno a 1990 y se convirtió en la principal fuente de beneficios del país unos pocos años después²⁰.

En el frente ideológico, el neoliberalismo se impuso como una ingeniosa réplica de la derecha a los cambios culturales registrados durante la década de 1960. En agosto de 1971, Lewis Powell, abogado del Tobacco Institute, que pronto sería nombrado juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos, se dirigió a la Cámara de Comercio y pidió a las grandes empresas que adoptaran una postura combativa en la guerra cultural. Powell no consideraba a los «extremistas de izquierda» como «la principal fuente de preocupación», sino al «coro de críticas» vertidas sobre el modelo de libre empresa estadounidense, que en su opinión provenía de «elementos perfectamente respetables de la sociedad: el campus universitario, el púlpito, los medios de comunicación, las revistas intelectuales y literarias, las artes y las ciencias, y los políticos». El elemento más peligroso era la retórica anticorporativa de Ralph Nader y la crítica a los «incentivos fiscales» de las empresas. El movimiento obrero organizado,

²⁰ Véase B. Bluestone y B. Harrison, *The Great U-Turn*, cit., p. 9; Greta Krippner, *Capitalizing on Crisis*, Cambridge (MA), 2011, pp. 32 y ss.

sin embargo, ya no era un problema importante²¹. Como hemos visto, la difusión del neoliberalismo, promovido por el FMI y el Banco Mundial, culminó con el abrazo del pinochetismo por parte de economistas, tecnócratas y políticos liberales en el espacio postsoviético y en China.

El neoliberalismo ha demostrado una gran resiliencia, pero después de cuatro décadas su hegemonía está llegando a su fin tras un reinado sin duda más largo que el del keynesianismo, que se ha mantenido, sin embargo, durante un breve periodo en la larga historia del capitalismo. Tres acontecimientos han sido cruciales al respecto. En primer lugar, el colapso financiero del centro de la economía-mundo capitalista en 2008. El neoliberalismo aún no estaba acabado y, de hecho, un observador agudo como Colin Crouch pudo señalar su «extraña no muerte», pero su legitimidad se ha visto gravemente socavada al hilo de las políticas de austeridad aplicadas para compensar los generosos rescates de los banqueros, las cuales se añadían a su descomposición; a la irrupción del movimiento de los indignados en muchos países, que formaban movimientos de protesta masivos; al aumento de la desigualdad, que se convertía en una preocupación oficial en Davos; y a la vuelta del «socialismo democrático» al vocabulario anglófono. El entonces director del FMI concluyó que el crac de 2008 había «devastado los fundamentos intelectuales de los últimos veinticinco años»²².

En segundo lugar y a largo plazo, probablemente un factor más decisivo, después de 2010 la elite política estadounidense, apoyada por una parte sustancial del *establishment* económico, descubrió que China estaba ganando en el juego de la globalización capitalista. Aunque el capital estadounidense prosperaba, el Estado-nación estadounidense no lo hacía. Los políticos se dieron cuenta de que la supremacía mundial –y sus propios escaños electorales– no solo dependía de un puñado de grandes empresas, sino también de la resistencia del Estado y de su pueblo, incluso de su clase trabajadora. En este contexto, dado el incremento de la distancia entre los ultrarricos y el resto de la población, las cuestiones distributivas volvieron a ocupar la agenda. Desde la presidencia de Trump el gobierno estadounidense, seguido en este caso por Biden, ha comenzado a orientarse hacia una geopolítica proteccionista. En tercer lugar, la pandemia de la COVID-19 y las catástrofes climáticas en curso han demostrado la

²¹ Lewis Powell, «Powell Memorandum: Attack on American Free Enterprise System», disponible en scholarlycommons.law.wlu.edu.

²² Dominique Strauss-Kahn, citado en UNCTAD, *Trade and Development Report 2021*, p. 52.

insuficiencia de los mercados para hacer frente a las cuestiones urgentes del nuevo siglo. Las palabras que una vez fueron canónicas del modelo de Estado neoliberal —«El gobierno no es la solución a nuestros problemas, el gobierno es el problema»— ahora suenan extravagantes en los oídos de muchos²³. Mientras tanto, el nuevo mundo de la geopolítica imperial ha servido para socavar postulados clave del neoliberalismo como el que afirmaba que «el globalismo triunfa sobre el nacionalismo»²⁴. Las políticas comerciales y económicas de «*America first*» de los gobiernos de Trump y Biden han socavado directamente esas normas.

El Estado volvió al centro de las economías capitalistas con el rescate de 2008 y aun lo ha hecho de modo más intenso durante la pandemia. En 2020 la deuda pública de las economías avanzadas superó el nivel alcanzado durante la Segunda Guerra Mundial, situándose por encima del 120 por 100 del PIB. El gasto adicional y los ingresos no percibidos de Estados Unidos estaban entre los más altos del mundo, situándose muy por encima del 10 por 100 del PIB²⁵. El neoliberalismo era una forma específica de capitalismo despiadado, centrado en la ambición de la soberanía del mercado sobre todo el mundo. Pero aunque el triunfo de la geopolítica imperial sobre la globalización del mercado es ya evidente, la nueva fase de la acumulación capitalista, no menos despiadada que la anterior, está aún por bautizar. Descriptivamente, en esta coyuntura podemos afirmar que se trata del capitalismo financiero digital-tecnológico, involucrado en procesos de acumulación efectuados dentro de los parámetros geopolíticos definidos por el Estado.

3. LA IZQUIERDA DEL NUEVO SIGLO

Esta cadena de acontecimientos no se ha desarrollado como una dialéctica sistémica, es decir, como un proceso endógeno, derivado de la lógica de desarrollo del sistema social. El capitalismo industrial ha mutado en una forma de capitalismo digital-financiero, que no produce ni desarrolla sus propios adversarios. El grueso de los manifestantes contra el neoliberalismo, por ejemplo, no son piezas clave de la economía neoliberal, sino personas ajenas a ella cuyas vidas han sido invadidas y dañadas

²³ Ronald Reagan, «Inaugural Address», 20 de enero de 1981.

²⁴ Quinn Slobodian, *Globalists: The End of Empire and the Birth of Neoliberalism*, Cambridge (MA), 2018, p. 271; ed. cast.: *Globalistas*, Madrid, 2021.

²⁵ IMF, *Fiscal Monitor*, octubre de 2020, p. 2.

por él. Del mismo modo, el ascenso de China no fue el resultado de un desarrollo sistémico, sino la entrada de un jugador que resultó ser más hábil que el campeón. Las contradicciones de la geopolítica imperial no constituyen una dialéctica con capacidad para fortalecer a los explotados y oprimidos. Por el contrario, como hemos visto, el siglo XXI carga con los legados preñados de desastres de su predecesor —el cambio climático, la desigualdad, la guerra— mientras la dinámica creativo-destructiva del capitalismo sigue su curso. Que el dinamismo capitalista deje a las masas en la pobreza extrema y enriquezca principalmente a los más ricos, mientras reconforta a una frágil clase media, no debería constituir una sorpresa. Sin embargo, todo análisis que se centre únicamente en las supuestas crisis letales del capitalismo, ignorando los posibles agentes perturbadores, está mirando el mundo desde un desván ideológico sin ventanas. Los sindicatos se han vuelto más activos en muchos países del Sur, aunque normalmente sin crear organizaciones grandes o sólidas; incluso en el Norte están mostrando nuevos signos de militancia. A diferencia del abatimiento de la izquierda de finales del siglo XX, su sucesora de principios del siglo XXI ha mostrado un nuevo dinamismo e inventiva, aunque su poder sea todavía limitado.

Ignorando la vieja y sombría era de sus madres y padres, la nueva izquierda surgida en torno al cambio de milenio llevó la política radical a un nuevo nivel²⁶. Encabezó las respuestas a la difusión global del capitalismo neoliberal y a su nuevo ciclo de guerras imperiales. Sembró las semillas del socialismo, sobre todo en América Latina. Aprendió mucho de, y sobre, un nuevo aliado, libre de la miopía y la arrogancia moderna de la vieja izquierda: las poblaciones indígenas, que resurgieron como una fuerza significativa en la organización comunitaria y en las iniciativas ecológicas no capitalistas, principalmente en América Latina, pero también en la India. La nueva izquierda sorteó el dilema del socialismo obrero frente al capitalismo financiarizado apelando al «pueblo» y a la democracia radical. Contribuyó al retorno de los levantamientos urbanos en todo el mundo desde finales de la década de 1990; de hecho, las dos primeras décadas del nuevo siglo establecieron un récord histórico de levantamientos sociales en la era posterior a 1900, cuyos epicentros se

²⁶ La creatividad incluía un nuevo estilo de discurso de la izquierda, al mismo tiempo radical, carente de sentimiento alguno de culpa y autoirónico. El número especial de *Jacobin* sobre la Revolución Rusa es un ejemplo paradigmático. El nuevo estilo también está presente en dos libros editados por Hjalmar Joffre-Eichhorn, un hombre de teatro germano-boliviano afincado en Kabul: *Lenin 150*, Wakefield (Quebec), 2020 y *Post Rosa: Letters against barbarism* Nueva York, 2021.

localizaron en el mundo árabe, América Latina, España, Estados Unidos y los Estados sucesores de la Unión Soviética²⁷.

La izquierda del siglo XXI ha actualizado y revitalizado toda la tradición radical a través de su clarividente comprensión del ecologismo y su compromiso para evitar la catástrofe climática. Ha continuado las investigaciones teóricas sobre las salidas del capitalismo tras el fin de la dialéctica marxiana clásica. La nueva izquierda ha salido de las sombras de los grandes moldeadores del siglo XX para entrar en una época histórica diferente. Podemos identificar brevemente sus rasgos novedosos, rastreando su emergencia preliminar al hilo del movimiento altermundialista, las nuevas protestas climáticas y el resurgimiento del socialismo en las Américas.

Alterglobalización. Fue la aceleración del carrusel capitalista de la globalización neoliberal, la cual alcanzó su velocidad máxima entre 1998 y 2008, la que ayudó a generar una nueva izquierda global. A finales de noviembre de 1999, la Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio celebrada en Seattle se convirtió en el objetivo de una manifestación militante contra la ofensiva global del capital. La AFL-CIO formaba parte de la oposición, dirigiendo una marcha pacífica y no disruptiva, pero una cohorte más joven de radicales –estudiantes, anarquistas, ciudadanos del mundo en vías de desarrollo– se las arregló para detener la ceremonia de apertura, produciéndose violentas batallas con la fuerzas policiales de la ciudad, igualmente militante pero mejor equipada. En junio de 2001, cuando la cumbre del G8 se reunió en Génova –el G7 más Rusia, que había sido admitida recientemente a modo de premio de consolación por la expansión oriental de la OTAN– también fue recibida por 200.000 manifestantes furiosos, a los que los servicios de seguridad aplicaron una feroz represión, que costó la vida del joven Carlo Giuliani. En febrero de 2003 tuvo lugar una de las mayores protestas de la historia mundial contra la invasión de Iraq dirigida

²⁷ Erica Chenoweth, «The Future of Nonviolent Resistance», *Journal of Democracy*, vol. 31, núm. 3, 2020, y «Can Nonviolent Resistance Survive Covid-19?», *Journal of Human Rights*, vol. 21, núm. 3, 2022. El análisis de Chenoweth se refiere a las campañas de masas «maximalistas», que exigen la destitución del gobierno en funciones. Este tipo de investigación, muy interesante por sí misma, no se refiere a los movimientos de izquierda específicamente, sino que también incluye las protestas de la derecha y las protestas, políticamente ambiguas, prodemocracia o anticorrupción. Véase también Isabel Ortiz *et al.*, *World Protests: A Study of Key Protest Issues in the 21st Century*, Nueva York, 2022, donde se informa de una gama más amplia de protestas.

por Estados Unidos. Por supuesto, fue en vano: la globalización capitalista continuó durante otra década; Iraq fue bombardeado, invadido y destruido, aunque sin convertirse en una Little América en el Tigris. Estas manifestaciones masivas demostraron, sin embargo, que otra forma de globalización, distinta a la de la externalización empresarial y la especulación financiera, era posible: la globalización de la solidaridad planetaria y los movimientos internacionales por la paz, los cuales serán muy necesarios en el próximo siglo.

Los altermundistas también hicieron una intervención creativa en la política de izquierda: el Foro Social Mundial, concebido como una alternativa al Foro Económico Mundial de Davos, y propicio para crear un lugar de encuentro pluralista para todas las corrientes de izquierda no violentas que se «oponen al neoliberalismo y a la dominación del mundo por el capital, así como a cualquier forma de imperialismo, y se comprometen a construir una sociedad planetaria centrada en la persona humana». Los fundadores fueron dos activistas brasileños situados al margen de la izquierda tradicional: Chico Whitaker, entonces secretario ejecutivo de la Comisión de Justicia y Paz de la Iglesia católica brasileña, y Oded Grajew, un industrial al frente del Instituto Ethos de Empresas e Responsabilidade Social, que a su vez fueron inspirados por el redactor de *Le Monde Diplomatique* Bernard Cassen. El primer FSM se celebró en Porto Alegre en 2001 y contó con el apoyo del gobierno local del Partido de los Trabajadores, y desde entonces se ha reunido en lugares tan diversos como Mumbai, Nairobi, Caracas, Túnez, Montreal y Ciudad de México, al tiempo que ha inspirado otros foros regionales en Europa. En dos ocasiones ha atraído a más de 150.000 participantes, con un abanico social y cultural único, desde la intelectualidad de izquierda hasta sindicalistas, movimientos indígenas de varios continentes, el movimiento campesino Vía Campesina, organizaciones de los pobladores de los barrios miseria, feministas, activistas de derechos humanos, ecologistas, etcétera. El FSM sigue celebrándose anualmente, aunque el número de participantes ha disminuido. Desde un primer momento se produjeron tensiones entre dos visiones distintas del Foro, esto es, como lugar de encuentro en el que los participantes podían intercambiar ideas y experiencias o como un movimiento capaz de hacer demandas concretas y llamamientos a la acción. Ambas partes en este debate han reconocido la necesidad de un movimiento global amplio, pero sus fundadores se muestran ansiosos ante el riesgo de poner en peligro la unidad y la diversidad del Foro, si se adoptan posiciones políticas. En todo caso, el FSM deberá experimentar algún tipo de renovación, si quiere recuperar su vitalidad original.

Protestas por el clima. La preocupación por el medio ambiente comenzó a crecer a medida que la era industrial alcanzaba su punto álgido durante las décadas 1960 y 1970 de la mano de las alarmas lanzadas por Barry Commoner, Rachel Carson y el informe *Limits to Growth*, elaborado por la Sloan School of Management del MIT y publicado por el Club de Roma. Los partidos verdes empezaron a surgir en Europa Occidental, Nueva Zelanda y Tasmania, muchos de ellos identificados originalmente con la izquierda; pero dada su base específica de clase media, siempre albergaron una tendencia a moverse hacia el centro político (de ahí las coaliciones de los Verdes alemanes con los democristianos y los socialdemócratas). Confrontados con los enormes desafíos de la crisis climática, sin embargo, el grueso de la política efectuada por estos partidos verdes se ha convertido en una variante de la política de siempre. El cambio climático surgió como tema en las organizaciones científicas internacionales en la década de 1980, antes de convertirse en una cuestión explícita para los Estados miembros de la ONU en 1990. Esta preocupación, que antes era de las elites, se convirtió en una preocupación masiva a mediados de la década de 2000, contando con una fuerte corriente de izquierda en su seno, evidente al menos desde la aparición de la Global Justice Now Network en 2007. Esta relacionó las crisis climáticas con el capitalismo. Mientras tanto, la preocupación por el cambio climático se ha convertido en un tema socialmente predominante y su rechazo en un rasgo definitorio de la extrema derecha. Se trata de un movimiento molecular constituido por muchas corrientes, aunque no totalmente libre del veneno sectario que plagó a la izquierda del siglo xx.

El movimiento climático ha generado el movimiento social de más rápido crecimiento de la historia, los Fridays for Future, fundado por Greta Thunberg, una colegiala de quince años que el 20 de agosto de 2018 se saltó las clases y se sentó frente al edificio del Parlamento sueco con una pancarta, unos folletos y su teléfono móvil con el que informó al mundo a través de Instagram y Twitter de lo que estaba haciendo. En 2019 se convirtió en la activista social viva más icónica, aceptando invitaciones para dirigirse a la Asamblea General de la ONU, al Parlamento del Reino Unido, a la Asamblea Nacional de Francia y al Foro Económico de Davos, al tiempo que inspiraba un movimiento mundial en expansión. El objetivo declarado de los Fridays for Future puede parecer modesto y no específicamente de izquierda: «Ejercer una presión moral sobre los responsables políticos para que escuchen a los científicos y luego tomen medidas contundentes para limitar el calentamiento global». Sin embargo, además

de «Mantener el aumento de la temperatura global por debajo de 1,5° C» y «Escuchar a la mejor ciencia unida», su lista de demandas incluye «Garantizar la justicia y la equidad climáticas», aunque esto aún no se ha concretado. Thunberg tiene un buen sentido de la historia global y de las relaciones de clase contemporáneas: «No permitiremos que los países industrializados eludan su responsabilidad por el sufrimiento de los niños y niñas de otras partes del mundo»; «Estamos a punto de sacrificar nuestra civilización por la oportunidad de que un número muy reducido de personas gane enormes cantidades de dinero [...] son los sufrimientos de muchos los que pagan los lujos de unos pocos»²⁸.

La movilización de la juventud mundial por los Fridays for Future ha sido fenomenal. De acuerdo con sus propios informes, la protesta ha reunido a 17 millones de huelguistas en ocho mil seiscientas localidades²⁹, aunque la cifra real es presumiblemente algo menor, ya que muchos han participado más de una vez. Los mayores movimientos se han producido en Alemania (3.772.071 participantes), Italia (1.687.554), Francia (1.450.105) y Canadá (1.137.803). También se registraron más de 100.000 participantes en Australia, Austria, Nueva Zelanda, Noruega, Suiza y el Reino Unido. Las cifras se concentran en gran medida en Europa Occidental y en los antiguos dominios blancos de Gran Bretaña, pero 30.476 personas participaron en Polonia, 26.515 en Chile, 13.017 en India y 8.060 en Sudáfrica. También hubo 90 participantes en Burkina Faso, 5 en Burundi, 1.946 en Kenia, 15.000 en Perú, 156 en Tailandia, 1.000 en China, 2.000 en Irán, 2 en Arabia Saudí y 1 en Vietnam. Sin embargo, después de su *annus mirabilis* de 2019, el dinamismo de los Fridays for Future se vio interrumpido por la pandemia; está por ver hasta qué punto podrá recuperarse.

Socialismos del Nuevo Mundo. Una década después de la implosión de la Unión Soviética aparecieron nuevos brotes de socialismo en América Latina en medio de las olas de protesta popular contra el capitalismo realmente existente. Hugo Chávez fue elegido en 1998, Lula en 2002. En 2005, Evo Morales obtuvo una mayoría decisiva en las elecciones bolivianas, presentándose con una programa explícitamente socialista. Poco después, Venezuela reeligió a Chávez frente a una oposición unida con un rotundo 63 por 100 de los votos, mientras que Rafael Correa, un abierto defensor del «socialismo del siglo XXI», recibió un sólido

²⁸ Greta Thunberg, *No One Is Too Small to Make a Difference*, Londres, 2019, p. 15.

²⁹ Véase fridaysforfuture.org.

mandato presidencial en Ecuador. El contexto de estos avances fue una prolongada crisis económica que se remontaba a la década de 1980, causada por la caída de los precios de las materias primas para la exportación y los elevados tipos de interés devengados por la deuda externa, cortesía de la Reserva Federal estadounidense, a lo que se sumaron las medidas de austeridad decretadas por el FMI, que afectaron a las clases populares. Los sistemas políticos de estos países prácticamente se derrumbaron después de que los partidos del *establishment* optaran por representar al FMI en lugar de a sus propios ciudadanos. Los partidos dominantes de Venezuela se desmoronaron, viendo como Acción Democrática, de centro-izquierda, quedaba totalmente desacreditada después de que su último presidente, Carlos Andrés Pérez, permitiera en 1989 que el ejército masacrara a los manifestantes que protestaban en Caracas contra las medidas de austeridad decretadas por el FMI. Argentina, por su parte, sufrió un dramático colapso económico que obligó al presidente Fernando de la Rúa a huir en helicóptero del palacio presidencial, pero la duradera y polifacética tradición peronista sobrevivió y fue revitalizada por un *outsider* de la misma, el gobernador patagónico Néstor Kirchner. Los logros de estos gobiernos socialistas fueron modestos, pero no insignificantes (cuadro 1). El aumento de los ingresos derivados de la exportación de materias primas se utilizó para invertir en infraestructuras, programas sociales y reducción de la pobreza en una escala significativa para los estándares regionales. Bolivia fue el país que tuvo más éxito, ya que aplicó medidas extraordinarias de redistribución de la riqueza al tiempo que mantenía en gran medida el crecimiento económico por encima del 4 por 100 desde la elección de Morales en 2006 hasta el estallido de la pandemia.

Desde la muerte de Chávez en 2013 y el aterrizaje forzoso de la petroeconomía venezolana, dada la caída del precio del petróleo de 120 a 30 dólares entre mediados de 2014 y finales de 2015 y la aplicación de sanciones por Estados Unidos contra la actividad comercial venezolana, el antiguo presidente venezolano ha sido utilizado a modo de espantapájaros para asustar a los votantes vacilantes en América Latina y en Europa. Sin embargo, el desastre económico de Venezuela fue un fenómeno posterior a Chávez. Cuando fue elegido por primera vez en 1998, el PIB per cápita de Venezuela era el 72 por 100 del de México; en 2013, era el 116 por 100. A pesar de sus defectos narcisistas y sus tendencias autocráticas, Chávez era tanto un político popular como un estadista innovador: una figura «más grande que la vida» (según enuncia la ambigua expresión)

de la izquierda de principios del siglo XXI. Admirador de Bolívar, fue también un apasionado latinoamericanista, quizá más conocido por el ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos), su «alternativa bolivariana» a la zona de libre comercio dominada por Estados Unidos, mientras que su alianza PETRO-CARIBE proporcionó petróleo subvencionado a los países del Caribe. Su proyecto de la CELAC, la Comunidad Intergubernamental de Estados Latinoamericanos y Caribeños, lanzada en 2010, consiguió reunir a una notable troika de líderes latinoamericanos: el derechista Sebastián Piñera y el propio Chávez preparando a su sucesor y Raúl Castro.

CUADRO I. *Reducción de la cuota de la renta del 10 por 100 más rico, América Latina vs Europa*

	2000-2012		1950-1970
Bolivia	16,0	Francia	6,9
Ecuador	9,8	Reino Unido	5,7
Nicaragua	9,8	Suecia	4,8
Venezuela	5,0	Alemania Occidental	2,8

Fuentes: América Latina: CEPAL, *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe* 2013, cuadro I.6.3; Europa: Hartmut Kaelble, *Sozialgeschichte Europas*, Munich, 2007, p. 123.

El «socialismo del siglo XXI» latinoamericano no fue el principio del fin del capitalismo, pero aportó nuevas ideas y prácticas a la lucha, como los proyectos democráticos locales de Chávez en los que las comunidades podían elegir sus propios consejos, que seguían siendo plenamente responsables ante la población local. A su vez, formaron comunas que trabajaron para desarrollar la producción y los servicios cooperativos, creando bienes y valores de uso comunes. Para obtener el reconocimiento del gobierno y el acceso a fondos públicos especialmente asignados, las comunas tenían que comprometerse a construir el socialismo. En 2013 un censo oficial recogía mil cuatrocientas comunas de este tipo, aunque la mayoría estaban todavía «en construcción». El proyecto comunal fue impuesto desde arriba, de forma legalmente dudosa, a tenor de un proyecto de enmienda constitucional que había sido derrotado por un escaso margen en un referéndum previo. No estuvo vinculado orgánicamente a la ola espontánea de organización comunitaria local verificada durante el primer mandato presidencial de Chávez, pero, despojado de sus rasgos

partidistas e instrumentalistas, el proyecto fue una contribución innovadora al socialismo. Las comunas formaban parte de un programa más amplio para crear un poder y un Estado socialista paralelos. Bajo el mandato de Chávez, las crecientes políticas educativas, sociales y sanitarias se confiaron a «misiones» independientes de la burocracia del Estado, dotadas en gran medida por médicos y médicas cubanos, considerados más comprometidos que los profesionales privilegiados del Estado rentista venezolano. Tras el fallido golpe antichavista de 2002, el ejército y las demás fuerzas represivas fueron depuradas con éxito, lo que les permitió resistir los frenéticos intentos de la burguesía venezolana y sus patrocinadores estadounidenses de incitar un nuevo golpe militar.

Morales y su compañeros prefirieron el «socialismo comunitario» al «socialismo del siglo XXI». En Bolivia, el término «comunidad» está repleto de un significado cultural concreto. Los socialistas bolivianos han estado trabajando en la cuestión que absorbió los últimos años de Marx: ¿hay algo de valor para el socialismo en las comunidades y culturas precapitalistas? Su respuesta es afirmativa. Su «socialismo comunitario» hunde sus raíces en el *ayllu* indígena andino. Como señaló el actual vicepresidente boliviano, David Choquehuanca: «Siempre nos hemos gobernado en nuestras comunidades. Por eso mantenemos nuestras costumbres, interpretamos nuestra propia música, hablamos nuestra propia lengua aimara. Por eso estamos incorporando al socialismo algo que ha resistido durante quinientos años: el elemento comunitario». Choquehuanca vincula este elemento comunitario con las formas modernas de organización social: «En Bolivia debe haber unas diez mil comunidades y en cada comunidad hay un sindicato de trabajadores campesinos»³⁰.

La izquierda andina de principios del siglo XXI injertó interpretaciones y elaboraciones de antiguos conceptos indios en el árbol moderno del socialismo como parte de una crítica civilizatoria del capitalismo y de una alternativa a este. Las nociones aimaras de *suma qamaña*, traducidas aproximadamente al español como «buen vivir», se integraron en las nuevas constituciones y planes de desarrollo de Bolivia y Ecuador. Sus conceptos centrales eran el respeto a la naturaleza y a la Pachamama, o Madre Tierra, además de la propiedad colectiva de los recursos naturales, la reciprocidad social y la solidaridad. En una influyente interpretación boliviana, el buen vivir se contrapuso al credo de «vivir mejor», asociado

³⁰ Las citas proceden de Roger Burbach, «What does Morales's promise of a "communitarian socialism" amount to?», *openDemocracy*, 8 de abril de 2010.

con el egoísmo, el individualismo y la especulación³¹. La primera noción se podría considerar como premoderna o posmoderna y la segunda como típicamente moderna. Estas nuevas incorporaciones al discurso socialista respondían a un fuerte renacimiento cultural indígena verificado en las regiones andinas y, más en general, al resurgimiento en todo el mundo de las poblaciones indígenas que alzaban sus demandas, lo cual había sido prefigurado por el movimiento zapatista, surgido en el sur de México como expresión de la reivindicación de la América indígena y lanzado el día 1 de enero de 1994, de forma simultánea a la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) impuesto por Estados Unidos. Pero aunque los gobiernos de Morales y Correa eran sin duda serios en su respeto de la Madre Tierra, no les convencían las ideas del Norte sobre el decrecimiento y estaban comprometidos con el desarrollo económico de sus países pobres, que dependía en gran medida de la extracción de petróleo, gas y otros recursos minerales, lo cual provocó graves conflictos, no solo con la oposición burguesa, sino también en el seno de sus heterogéneas coaliciones de gobierno y, en particular, con algunas comunidades indígenas.

Finalmente, más de un siglo después de que Werner Sombart intentara explicar *Why There is No Socialism in the United States?* (1906), un aspirante a la presidencia estadounidense, Bernie Sanders, levantó la bandera del «socialismo democrático» en Estados Unidos y obtuvo más de 13 millones de votos. Ese año, una encuesta de Gallup reveló que la mayoría de los estadounidenses menores de 30 años tenían una opinión favorable del socialismo y los Democratic Socialists of America vieron como sus filas se engrosaban repentinamente. En 2019 un joven estratega del socialismo estadounidense, Bhaskar Sunkara, publicó *The Socialist Manifesto*, mientras el veterano sociólogo Erik Olin Wright publicaba a título póstumo *How to Be an Anti-Capitalist in the 21st Century*. La vanguardia de la teoría socialista popular se había trasladado a Norteamérica.

4. NUEVOS TIPOS DE POLÍTICA

La izquierda del siglo XXI ha desarrollado una nueva forma de práctica política. Para captar esta innovación podemos empezar con un simple

³¹ Una breve y accesible visión de conjunto es Adrián Beling *et al.*, «Buen vivir: A “Glocal” Genealogy of a Latin American Utopia for the World», *Perspectivas Latinoamericanas*, núm. 238, 2021. He aprendido mucho de una tesis de la Universidad del Cauca, Colombia, de Odín Ávila Rojas, *Indianismo vs vivir bien*, 2020.

conjunto de pares binarios, que contrastan estas novedades con las prácticas del siglo pasado (cuadro 2) y, a continuación, examinar la suerte de la socialdemocracia en este periodo. Cada una de estas categorías –base social, instrumentos, modo, estrategia, repertorio– requiere determinadas explicaciones y matizaciones.

CUADRO 2. *Tipos de la política de izquierda*

	<i>Izquierda del siglo XX</i>	<i>Izquierda del siglo XXI</i>
<i>Principal destinatario/ base social</i>	La clase obrera	El pueblo
<i>Instrumento principal</i>	Organización, partido	Red, movimiento
<i>Forma de funcionamiento</i>	Democracia representativa	Comunicación mediática y democracia participativa
<i>Propuesta radical</i>	Programa	Formas rupturistas de protestas/ demandas
<i>Repertorio de protestas</i>	Manifestación, huelga	Complementos: reivindicación del espacio urbano, levantamientos urbanos, bloqueos de carreteras, presión económica, acción de la escuela secundaria

Base social. El socialismo del siglo XX fue un movimiento de la clase obrera. La desindustrialización de los antiguos centros del capitalismo y la limitada expansión de la clase obrera industrial en el Sur global han vaciado la perspectiva política marxista clásica de su significado original³². En su lugar, la izquierda del siglo XXI suele hablar del «99 por 100» o, de forma más teóricamente elaborada, del «pueblo», diferenciado de la clase elitista del privilegio y el poder. «El pueblo» es un concepto clásico en el pensamiento social europeo, que se remonta a la plebe de la República romana. En el siglo XIX fue recuperado por los *narodniki* rusos y los populistas

³² Sobre mi propio análisis del potencial de oposición de los estratos subalternos del siglo XXI –fuerzas indígenas, poblaciones «excedentes», trabajadores manufactureros, clases medias asalariadas– véase Göran Therborn, «¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia», *NLR* 85, marzo-abril de 2014.

estadounidenses, siendo introducido en la teoría posmarxiana por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe³³. Para los defensores del *statu quo* el término «populismo» es siempre un término peyorativo, por supuesto. En el lenguaje de la izquierda, sin embargo, tiene un inequívoco, si bien debatible, contenido de clase, que se expresa mejor en la leguas romances, como denota por ejemplo el término francés *classes populaires*. Pero «el pueblo» también tiene género y a menudo es multiétnico. El preámbulo del proyecto de Constitución chilena propuesto por la Convención Constitucional de 2022 comenzaba así «Nosotras y nosotros, el pueblo de Chile, conformado por diversas naciones [...]»³⁴. El género del pueblo es importante para la izquierda del siglo XXI no solo como una cuestión discursiva o política, sino también en lo que atañe a su base social. El compromiso a largo plazo, aunque cambiante, de la izquierda con la emancipación de la mujer se ha visto finalmente recompensado con una tendencia generalizada a que las mujeres sean más de izquierda que los hombres³⁵. En la concepción plurinacional del pueblo se incluyó también un tardío reconocimiento y rehabilitación de los pueblos indígenas, que han desempeñado un importante papel en las luchas por los bosques chilenos.

Instrumentos. «Organizaos» fue una consigna persistente de los activistas de la clase trabajadora y en inglés la locución «movimiento obrero organizado» tiene un significado sociológico y político específico. La organización colectiva, la solidaridad y la disciplina son los únicos recursos que los trabajadores pueden movilizar contra el capital, los medios de comunicación y la policía. Tradicionalmente se pensaba que el poder político de la clase obrera requería un partido obrero fuerte. En este punto había pleno acuerdo entre socialdemócratas y comunistas. La organización colectiva es más difícil en la era postindustrial, pero en el siglo digital sus premisas son diferentes. «¡Conéctate!» puede ser suficiente para reunir a las masas. La distinción del siglo XX entre partido,

³³ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, 1985 [ed. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, 2015]; Chantal Mouffe, *For a Left Populism*, Londres y Nueva York, 2018; ed. cast.: *Por un populismo de izquierda*, Buenos Aires, 2018.

³⁴ «Propuesta de Constitución política de la República de Chile», 2022, <https://bit.ly/3UZaT5r>.

³⁵ A. Gethin, C. Martínez-Toledano y T. Piketty, *Clivages politiques et inégalités sociales: Une étude de 50 démocraties (1948-2020)*, cit. Desafortunadamente, este libro no investiga demasiado más allá de las «democracias occidentales» en lo que respecta a las dimensiones de género, pero los autores han encontrado la misma tendencia, si bien ligeramente retrasada, en Colombia (p. 467). En las elecciones presidenciales brasileñas de 2022, Lula tuvo un apoyo mucho mayor de las mujeres que Bolsonaro.

base estratégica y movimiento social se ha difuminado o superado. Podemos, La France Insoumise y el Movimiento 5 Stelle no solo empezaron como movimientos de protesta, sino que mantuvieron su estructura laxa y «en red» como partidos electorales, con débiles raíces territoriales y procedimientos de votación basados en Internet, sin establecer límites claros entre miembros y no miembros. La sucesora de Pablo Iglesias como abanderada de la izquierda española, Yolanda Díaz, la popular ministra de Trabajo comunista, está intentando actualmente unificar y revitalizar la izquierda lanzando una campaña llamada Sumar. El brevemente exitoso entrismo de la izquierda en el Partido Laborista británico y en el Partido Demócrata estadounidense en apoyo respectivamente de Corbyn y Sanders fue también una expresión de esta nueva cualidad movimentista registrada en la política de los partidos de izquierda. Sin embargo, en esta política posterior a la organización se halla implícita la sensación de que el poder del Estado está todavía muy lejos, en neto contraste con la política-movimiento de 1968. El enorme éxito electoral de Corbyn cosechado en 2017 se produce en las primeras elecciones británicas de los tiempos modernos en las que los trabajadores votaron más a los conservadores que a los laboristas y ello por una diferencia de 9 puntos porcentuales. En las elecciones generales de 2019, que pivotaron absolutamente en torno al Brexit, esta ventaja *tory* se elevó a 21 puntos³⁶.

Modos. La democracia –sufragio, elecciones, gobiernos responsables– constituyó un objetivo primordial a corto plazo del antiguo movimiento obrero, de los cartistas en adelante. La lucha se centró sobre todo en el derecho universal al voto por el que el movimiento obrero belga organizó cuatro huelgas generales y la socialdemocracia sueca una, todas derrotadas en primera instancia, como lo fueron los cartistas, pero todas ellas fundamento de futuras victorias. La complejidad de los obstáculos interpuestos al gobierno popular se puso de manifiesto por primera vez en las elecciones francesas de 1848, las primeras del mundo celebradas en condiciones de sufragio general masculino y participación masiva. Los votantes hacían cola después de misa y marchaban a las cabinas de votación, dirigidos por el cura de la parroquia, el alcalde, el juez de paz o el comandante de la guardia nacional. Un reducido número de trabajadores urbanos fue elegido, pero ni un solo campesino³⁷. La crítica a la «democracia burguesa» realmente existente siguió siendo un elemento

³⁶ Datos británicos procedentes del British Election Study y véase históricamente, Geoffrey Evans y James Tilley, *The New Politics of Class*, Oxford, 2017, pp. 149 y ss.

³⁷ Inés Murat, *La deuxième République*, París, 1987, pp. 233 y ss.

básico de la teoría política marxista, recientemente corroborada por la meticulosa investigación empírica de los politólogos³⁸, mientras que los déficits democráticos existentes bajo el régimen neoliberal se convirtieron en el objetivo de críticas más amplias de la izquierda³⁹.

La izquierda del siglo XXI parte de un abrazo mucho más incondicional de la democracia *tout court*. Pablo Iglesias sintetizó así su visión política: «En resumen, queremos una sociedad que esté a la altura de proporcionar las bases materiales para la dignidad y la felicidad. Estos modestos objetivos, que hoy parecen tan radicales, son los que conforman la democracia»⁴⁰. Esto remitía claramente a las principales consignas que los Indignados españoles habían coreado en las calles y en las plazas: «¡Democracia real ya!». Los fundadores de Podemos también tenían experiencia de primera mano de la izquierda latinoamericana, principalmente vía Ecuador y Bolivia, cuya experiencia del siglo XX les había dado duras lecciones sobre la distinción entre democracia burguesa y dictadura burguesa. Los nuevos movimientos de este siglo han abrazado una democracia deliberativa y participativa (aunque principalmente digital), que suele rechazar las estructuras de representación y liderazgo y que a menudo ha logrado frustrar los intentos oficiales de negociación y cooptación⁴¹. En el ámbito de la teoría política, Laclau y Mouffe van más allá, proponiendo suplantarse el socialismo por una «democracia radical plural»⁴². En algunas de sus iteraciones, la democracia radical se centra más en el gobierno de la mayoría que en los derechos de las minorías, en la participación de las masas por encima de la opinión pluralista⁴³. A este respecto, Chávez estableció otra distinción esclarecedora:

No es lo mismo hablar de una revolución democrática que de una democracia revolucionaria. El primer concepto tiene una brida, como un caballo: revolucionario, pero democrático. Es una brida conservadora. El

³⁸ Larry Bartels, *Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age* [2008], Princeton (NJ), 2016; Martin Gilens, *Affluence and Influence: Economic Inequality and Political Power in America*, Princeton (NJ), 2012.

³⁹ Véase, por ejemplo, Colin Crouch, *Post-Democracy*, Cambridge, 2004; ed. cast.: *Posdemocracia*, Madrid, 2004.

⁴⁰ Pablo Iglesias, *Politics in a Time of Crisis*, Londres y Nueva York, 2015, p. 171; ed. cast.: *Disputar la Democracia. Política para tiempos de crisis*, Madrid, 2014.

⁴¹ Véase, por ejemplo, Donatella della Porta, *Social Movements in Times of Austerity: Bringing Capitalism Back Into Protest Analysis*, Cambridge, 2015, pp. 217 y ss.

⁴² Ch. Mouffe, *For a Left Populism*, cit., pp. 84 y ss. Véase además, E. Laclau y Ch. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, cit.

⁴³ Cf. Steve Ellner, «Hugo Chávez's First Decade in Office: Breakthroughs and Shortcomings», *Latin American Perspectives*, vol. 37, núm. 1, 2010.

otro concepto es liberador, es como un disparo, como un caballo sin brida: democracia revolucionaria, democracia para la revolución⁴⁴.

Estrategia. La izquierda del siglo XX era programática y estratégica. Tenía un objetivo explícito, una sociedad socialista o comunista, y una estrategia clara para lograrlo, normalmente expuesta en su programa de partido enunciado como el «camino al socialismo». La perspectiva de la izquierda del siglo XXI es más modesta. Iglesias lo expresó sin rodeos en 2014: «Una estrategia socialista [...] plantea inmensos problemas en el sentido político práctico [...] no nos oponemos a una estrategia de transición al socialismo, pero somos más modestos y adoptamos un planteamiento neokeynesiano». En su programa electoral de 2022, Jean-Luc Mélenchon definió su proyecto como «la construcción de una sociedad de ayuda mutua con el objetivo de lograr la armonía entre los seres humanos y con la naturaleza»⁴⁵. Este retroceso a la economía socio-liberal y a los nebulosos campos Elíseos es claramente un reconocimiento de las derrotas y del agotamiento del siglo XX. Sin embargo, no es una aceptación de la subalternidad al orden capitalista: una nueva izquierda de Bad Godesberg, que formaliza la rendición de la socialdemocracia alemana al mercado. La izquierda del siglo XXI basa su radicalismo en una oposición rupturista respecto al presente en vez de optar por un objetivo a largo plazo o una hoja de ruta para el futuro. Se niega a aceptar las convenciones de la casta dominante y se mantiene impertérrita –*insoumise*– ante la máquina infernal de la economía neoliberal.

Repertorio. El repertorio de la política de izquierda se ha ampliado más allá de las tradiciones de la política electoral y las manifestaciones de masas. La Primavera Árabe de 2011 inspiró amplios movimientos que reclamaron el espacio público urbano, estableciendo acampadas, desde la Plaza Tahrir, pasando por la Puerta del Sol de Madrid y la Plaza de Cataluña en Barcelona, hasta el Parque Zuccotti en Nueva York. Los movimientos indígenas de los Andes han añadido los cortes de carretera, que también han sido utilizados por los piqueteros argentinos, los *gilets jaunes* [chalecos amarillos] franceses y los agricultores del Punyab. El boicot de los consumidores a las empresas explotadoras del Tercer

⁴⁴ Hugo Chávez Frías, *El socialismo del siglo XXI*, Caracas, 2011, p. 33. Si este es una especie de leninismo del siglo XXI, debería recordarse que Chávez siempre sostuvo que el «socialismo del siglo XXI tenía que ser democrático» y que concurrió repetidamente a elecciones certificadas como limpias por el Carter Center.

⁴⁵ Respectivamente, P. Iglesias, *Politics in a Time of Crisis*, cit., p. 203; Jean-Luc Mélenchon, *L'avenir en commun: Le programme pour l'union populaire*, París, 2021, p. 11.

Mundo y las campañas de desinversión de los combustibles fósiles han continuado las prácticas del movimiento *antiapartheid* de finales del siglo XX. Las movilizaciones de estudiantes de secundaria son otro fenómeno nuevo. Como forma de movimiento de protesta masiva surgieron en Chile a principios de la década de 2000 para luchar contra la mercantilización de la educación. Posteriormente se convirtieron en un movimiento más amplio de estudiantes universitarios, uno de los cuales, Gabriel Boric, fue elegido presidente del país en diciembre de 2021. En lo que atañe al movimiento climático, los escolares y sus manifestaciones de los Fridays for Future se han convertido, al menos durante un tiempo, en la vanguardia mundial.

Las revueltas urbanas, que desafían y a veces derriban gobiernos, también se han convertido en parte del repertorio de la política de izquierda del siglo XXI. Esta modalidad de protesta comenzó en Buenos Aires en 2001, cuando el mencionado presidente liberal Fernando de la Rúa tuvo que huir en helicóptero de la Casa Rosada, y continuó en La Paz en 2003. Túnez y El Cairo derrocaron a sus dictadores en 2011, Jartum a los suyos en 2018 y en 2022 en Sri Lanka los manifestantes de Colombo expulsaron del poder al clan Rajapaksa. El levantamiento de los Camisas Rojas de Bangkok en 2010 fracasó, pero no obstante constituyó un serio desafío que fue respondido con una represión letal. En 2019 Santiago de Chile estuvo a punto de sufrir una revuelta civil; el presidente conservador la calificó de «guerra» e hizo intervenir a los militares. El régimen autoritario de Argelia también se enfrentó a un serio desafío ese mismo año por parte del movimiento *Hirak*, que acabó con el momificado mandato del presidente Buteflika, pero no con el propio régimen. Estos levantamientos deben distinguirse de las revoluciones⁴⁶ en tanto carecían de una estrategia o un plan organizativo para la toma del poder. Eran movimientos de protesta que pretendían deshacerse de las políticas y de los políticos, pero no ofrecían ningún programa alternativo de gobierno. Los manifestantes de Buenos Aires podían exigir «¡Que se vayan todos!», pero la pregunta «¿Y luego qué?» quedaba sin respuesta. El levantamiento más violento, acaecido en Bolivia en 2003, donde los campesinos aimaras, los mineros, los vendedores ambulantes y los estudiantes derrocaron al presidente neoliberal Sánchez de Lozada en

⁴⁶ En su vívido relato del levantamiento boliviano de 2003, Adolfo Gilly lo denomina «revolución del siglo XXI», que es otra forma de expresar su diferencia con las revoluciones del siglo XX, «Bolivia: A 21st-century revolution», *Socialism and Democracy*, vol. 19, núm. 3, 2005.

protesta por su mala gestión de las nuevas riquezas gasísticas del país, terminó con su huida a Miami, momento en el que los manifestantes victoriosos simplemente se fueron a casa. Siguió un interregno de dos años bajo la dirección de su vicepresidente Carlos Mesa; tras su dimisión forzada, se convocaron elecciones y resultó elegido Evo Morales. A veces, ese vacío ha sido rellenado por fuerzas políticas organizadas, como sucedió en Argentina con la izquierda peronista; en otras ocasiones fue colmado por grupos previamente clandestinos, como sucedió en Egipto con los Hermanos Musulmanes; en otras, lo fue por un *establishment* reciclado, como en la Argelia contemporánea y en Sri Lanka. En todos los casos, la gran laguna de la izquierda ha sido una concepción del poder transformador o una estrategia para ganarlo. Esa es quizá la diferencia más importante con la izquierda del siglo xx, tanto reformista como revolucionaria. Incluso las excepciones que sí pensaron en estos asuntos llegaron a ellos de forma aleatoria. La preocupación de Chávez por el socialismo no se planteó hasta que fue elegido presidente de Venezuela; Morales y el MAS tuvieron la suerte de que el levantamiento de 2003 abriera un espacio democrático que ellos llenarían tras las elecciones celebradas dos años después.

Caída y ascenso de la socialdemocracia. Por último, ningún debate serio sobre la izquierda puede ignorar las fortunas de la socialdemocracia. Previamente señalamos cómo las crisis gemelas del capitalismo industrial y de la socialdemocracia del Estado del bienestar en el Norte global acabaron con el triunfo de la globalización neoliberal. Sin embargo, los partidos socialdemócratas se acomodaron notablemente al neoliberalismo, cuando volvieron a gobernar a finales de la década de 1990 y principios de la de 2000. Fue la época de la «Tercera Vía», la nueva adaptación socialdemócrata de clase media al capitalismo posindustrial, que ofrecía un neoliberalismo «con rostro humano». Después de poco más de una década, este episodio terminó. Desde entonces, la socialdemocracia de Europa Central y Oriental ha quedado marginada, excepto en Albania y Macedonia del Norte, y la mayoría de las variantes occidentales han entrado en un periodo problemático. En Europa del Este, en consonancia con los compromisos de la Tercera Vía, la principal contribución de los partidos socialdemócratas a partir de la década de 1990 fue facilitar la adhesión de sus respectivos países a la OTAN y a la UE. Los pensadores de la Tercera Vía también inculcaron la opinión de que los Estados de bienestar eran instituciones «esencialmente antidemocráticas», guiadas

por una errónea «obsesión por la igualdad»⁴⁷. Los logros socioeconómicos fueron menores y se percibieron en general como algo negativo. El resultado fue que las preocupaciones sociales fueron asumidas con éxito por la derecha nacional-conservadora, sobre todo en Hungría y Polonia. El desequilibrio entre los compromisos exteriores y domésticos les ha costado caro a los socialdemócratas de Europa Central y Oriental. Además, muchos de sus miembros se han visto envueltos en escándalos de corrupción al más alto nivel. El sistema electoral proporcional aún ofrece posibilidades de ocupar puestos ministeriales a algunos partidos socialdemócratas del Este de Europa, pero su oportunidad histórica de efectuar reformas sociales y construir un Estado del bienestar se ha esfumado en gran parte debido a sus mentores occidentales.

Los principales partidos socialdemócratas occidentales han seguido siendo, en su mayoría, fuerzas importantes, incluso allí donde dilapidaron los avances electorales conseguidos durante el siglo xx. Actualmente lideran coaliciones de gobierno en Alemania y en tres países nórdicos (cuatro hasta las elecciones suecas de septiembre de 2022). En los sistemas parlamentarios multipartidistas, una cuota de votos de entre el 20 y el 30 por 100 puede otorgar a estos partidos socialdemócratas una posición central en las respectivas políticas de coalición. Sin embargo, la socialdemocracia occidental no es inmune a la marginación o incluso a la extinción. El Partido Socialista Italiano prácticamente ha desaparecido; el Partido Socialista Francés está agonizando, después de obtener solo el 1,75 por 100 de los votos en las elecciones presidenciales de 2022 (aunque todavía podría renacer de una forma u otra); el PASOK griego fue derrotado y ahora se esconde bajo otro nombre; el Partido Laborista holandés ha sido superado por la izquierda. El anglo-laborismo perdura y, bajo el sistema de partidos de Westminster, acabará beneficiándose del «turno de Buggins». La Internacional Socialista sigue existiendo con ochenta y un partidos afiliados, a pesar de su escisión en 2013, cuando su núcleo histórico —el SPD alemán, los partidos nórdicos y holandeses y el Nuevo Laborismo— se separó para formar la Alianza Progresista, que pretendía cortejar al Partido Demócrata estadounidense y al Partido Liberal de Canadá⁴⁸.

⁴⁷ Citas de Anthony Giddens, *The Third Way: The Renewal of Social Democracy*, Cambridge, 1998, pp. 112, 100; [ed. cast.: *La Tercera vía*, Madrid, 1999].

⁴⁸ Para una visión general, que analiza la situación de la socialdemocracia tanto en el este como en el oeste, véase Göran Therborn, «Crises and Futures of Social Democracy», en Marcel van der Linden (ed.), *The Cambridge History of Socialism*, vol. II, de próxima aparición.

Lo que resulta más curioso es que la «socialdemocracia» resume a grandes rasgos el contenido social de las protestas y de la política de los movimientos de la izquierda del siglo XXI. Sus reivindicaciones sociales han incluido la sanidad pública, la educación pública gratuita, los servicios sociales cívicos y los derechos democráticos, es decir, las clásicas prioridades socialdemócratas, a las que se han añadido los derechos de identidad y el ecologismo. Los movimientos antiausteridad de la década de 2010, desde Grecia y España hasta el Reino Unido y Estados Unidos, protestaron contra el desmantelamiento de la infraestructura socialdemócrata. Iglesias señaló, con razón, que los objetivos de su partido «habrían sido irrelevantes para cualquier agrupación socialdemócrata hace treinta o cuarenta años»⁴⁹. El programa electoral de 2022 de La France Insoumise, *L'avenir en commun*, es más radical, superando a la socialdemocracia incluso de la década de 1960, pero sus objetivos cooperativistas están cuidadosamente redactados para evitar cualquier referencia al socialismo⁵⁰.

En la izquierda actual pueden identificarse otros dos planteamientos socialdemócratas. Uno de ellos está representado por la nueva lideresa del Partido de la Izquierda sueco, Nooshi Dadgostar, nacida en Suecia de padres iraníes refugiados y progresistas, que ha concentrado sus energías en reclamar para su partido el legado de la socialdemocracia sueca posterior a la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que se ha distanciado de sus raíces comunistas. Aunque su formación ideológica tuvo lugar en el ala radical de las juventudes del partido, ahora parece haberse socialdemocratizado hasta el punto de olvidarlo por completo. Cuando se le preguntó durante una entrevista en la televisión sobre el compromiso declarado de su partido con una «sociedad sin clases» y la «abolición del capitalismo», se quedó completamente sin palabras y fue aparentemente incapaz de aclarar la diferencia existente entre las concepciones marxiana y estalinista del comunismo. En vez de ello, esquivó la pregunta y reiteró su compromiso con el Estado del bienestar y los derechos humanos⁵¹.

La Lista de la Unidad rojiverde danesa, que reúne varios restos de la extrema izquierda del siglo XX, tiene una relación muy diferente con la socialdemocracia clásica. La Lista de la Unidad adquirió cierta relevancia

⁴⁹ P. Iglesias, *Politics in a Time of Crisis*, cit., p. 167.

⁵⁰ J.-L. Mélenchon, *L'avenir en commun*, cit., p. 11.

⁵¹ Entrevista en la emisora estatal sueca SVT, 28 de agosto de 2022, disponible en svt.se.

durante la década de 2010 en el seno de un sistema de partidos muy fragmentado. Su apoyo ronda el 6-7 por 100 a escala nacional, pero fue el partido más votado en Copenhague en las últimas elecciones municipales, obteniendo casi el 20 por 100 de los votos. Su principal pensador, el exdiputado Pelle Dragsted, publicó el año pasado *Nordisk socialism*, en el que sostiene que la Lista de la Unidad es la heredera legítima de la socialdemocracia nórdica al tiempo que esboza una lista de «reformas estructurales» concretas, que pondrían al país «en el camino del socialismo democrático nórdico»⁵². Las propuestas de Dragsted se asemejan a *L'avenir en commun* de Mélenchon y podría decirse que presentan una mayor coherencia política.

La socialdemocratización de la izquierda del siglo XXI adopta, pues, formas diferentes y presenta influencias ideológicas distintas. Iglesias y Mélenchon son estrategias tácticas de formación marxista, que han intentado con cierto éxito nuevas formas de intervención en un panorama político osificado. Su estrategia rupturista es típica del nuevo tipo de política característica del siglo XXI y diferente de la de la socialdemocracia clásica, aunque comparta una determinada parte de su contenido programático; mientras que la Lista de la Unidad danesa y el Partido de la Izquierda sueco son ambos mutaciones de los partidos tradicionales del siglo XX. Además, los ejemplos de Dragsted y Dadgostar apuntan en direcciones opuestas: hacia una salida innovadora del sistema actual y hacia una acomodación defensiva al mismo. Así como la generación de 1968 recurrió a las tradiciones de la organización comunista, los manifestantes de 2010 buscaron respuestas en la política socialdemócrata. El resultado de la primera fue claramente negativo; el de la segunda aún no está decidido.

5. BALANCE DE SITUACIÓN Y RETOS

Nos encontramos al final del comienzo del siglo XXI, que se aproxima a su primer cuarto. ¿Qué balance preliminar puede hacerse de la nueva izquierda? Hemos sido testigos de su respuesta a la ola de globalización capitalista que se inició en torno a 1980 y que ahora está llegando a su fin. De formas innovadoras, la nueva izquierda ha actualizado el legado del siglo XX y ha abierto nuevos caminos, superando la muerte de la

⁵² Pelle Dragsted, *Nordisk socialism: På väg mot en demokratisk ekonomi* [Socialismo nórdico: hacia una economía democrática], Estocolmo, 2021.

gran dialéctica y la derrota de las grandes revoluciones. Ha introducido las cuestiones de la desigualdad y las perspectivas de rebelión popular en las corrientes predominantes de la economía y la ciencia política, así como en la agenda de los jefes de Davos. Ha canalizado nuevos recursos hacia los pobres de Brasil y ha comenzado a reducir la desigualdad en toda América Latina. Ha traducido sus demandas de acción climática en compromisos de los políticos mundiales. La Primavera Árabe derrocó a dos dictadores e inspiró el movimiento transatlántico de Occupy Wall Street. La izquierda de principios del siglo XXI también ha abierto el campo para que surjan nuevas generaciones radicalizadas y ha devuelto el «socialismo democrático» al léxico occidental. Ha ampliado los parámetros ideológicos en un determinado número de países y ha sentado los fundamentos de la política progresista, abriendo el debate sobre el significado del socialismo y las perspectivas de superar el capitalismo, aunque ese debate deberá esperar a otro día.

Sin embargo, la mayoría de los ejemplos anteriores proceden de Europa Occidental y de Estados Unidos. A pesar de la importancia temporal de la Primavera Árabe, el siglo XXI no ha empezado bien para la izquierda afroasiática. La caída del criminal régimen de Suharto en Indonesia en 1998 trajo aparejada una situación de apertura política, pero apenas lo hizo para la izquierda, mientras la economía siguió avanzando en una dirección inequitativa, aunque de forma menos descarnada que en la India, Tailandia o Filipinas. Los intentos de formar o reagrupar partidos obreros en Nigeria, Indonesia, Sudáfrica y Corea del Sur han fracasado hasta ahora. Las «viejas izquierdas» de la India y Japón, tanto comunistas como socialdemócratas, se han debilitado todavía más y no ha surgido una nueva izquierda, ni siquiera comprendiendo el término de forma muy laxa. Pero existe resistencia social y en ocasiones a gran escala, como sucede en la India e Indonesia, y se han producido algunas iniciativas inspiradoras, como el surgimiento de una nueva generación de militancia estudiantil en Tailandia y una notable política de alianza de clase de Delhi³³.

Cualquier superviviente de la generación de 1968 debería saludar a la izquierda del siglo XXI con respeto. Al mismo tiempo, debemos reconocer que esta se halla muy lejos de conseguir sus objetivos. La izquierda

³³ Desde 2015 Delhi está gobernada por una coalición de partidos reformistas formada por los pobres, que cuenta con la Rickshaw Driver Association como vanguardia en su primera victoria electoral, y de un segmento de la clase media acomodada, exigiendo los primeros –y obteniendo– agua, electricidad y otros servicios públicos asequibles, y la segunda un gobierno no corrupto.

del siglo XXI se demostró trágicamente incapaz de detener la «guerra contra el terror» y la devastación que infligió a lo largo de Asia occidental y el norte de África, que causó la muerte de 800.000 personas de las cuales 335.000 era civiles y todo ello sin contar las respectivas situaciones de Somalia y el Sahel⁵⁴. Durante el siglo XX la izquierda contribuyó a crear al menos tres Estados revolucionarios duraderos, China, Vietnam y Cuba, así como una Sudáfrica democrática posracista y decenas de naciones descolonizadas y Estados del bienestar reformistas. Hasta ahora, la izquierda del siglo XXI tiene pocos logros institucionales viables —el Estado plurinacional comunitario de Bolivia es la excepción más significativa—, aunque el siglo todavía tiene un largo recorrido.

Además, la reconfiguración del paisaje político del Atlántico Norte por parte de la nueva izquierda parece más limitada y tenue que la precipitada por el ascenso del nacionalismo popular y la xenofobia. Trump y el trumpismo conquistaron gran parte del Partido Republicano, mientras que el DSA sigue siendo una corriente minoritaria en el Partido Demócrata; el Brexit frenó al laborismo de izquierda y galvanizó a la derecha *tory*. Los partidos de extrema derecha, antes marginales, se han convertido en respetables socios burgueses-gubernamentales en España, Italia y los países nórdicos; y respetables, si no gubernamentales, en Francia. En el Sur global, el estancamiento del empleo industrial y el creciente número de jóvenes desempleados políticamente volátiles han coincidido con el resurgimiento de la religión en forma de fundamentalismos militantes reaccionarios: cristiano evangélico en Brasil, *hindutva* en la India, islamista en el mundo musulmán.

La simultaneidad de tres factores contextuales parece haber estado en juego en este sentido. El primero es la desindustrialización, siempre acompañada por el desempleo, la movilidad descendente, las dislocaciones y la periferización de los bastiones centrales de la clase trabajadora, todo ello fortalecido por el neoliberalismo imperante. En segundo lugar, la inmigración a gran escala hacia Estados Unidos, impulsada por las crisis socioeconómicas de América Latina, y hacia Europa, estimulada por el creciente diferencial de pobreza existente respecto a una África mejor conectada y por la devastación de sus regiones occidentales y septentrionales dirigida por Estados Unidos. Estas convulsiones socioeconómicas y

⁵⁴ Las cifras se refieren a «las guerras derivadas de los atentados del 11 de septiembre, libradas entre octubre de 2001 y octubre de 2019», de acuerdo con las estimaciones efectuadas por el Watson Institute of Brown University.

culturales crearon grandes cúmulos de resentimiento popular. En tercer lugar, estas situaciones de turbulencia económica y social se verificaron al mismo tiempo que el debilitamiento o el abandono de la izquierda y del centro-izquierda, de la mano de la erosión experimentada por los partidos socialdemócratas y comunistas de la clase trabajadora fruto de la desindustrialización y la implosión del bloque soviético. Las periferias dañadas, los «perdedores» de la globalización, fueron abandonados por la Tercera Vía, pero también por gran parte de la nueva izquierda del siglo XXI, urbana y educada, «alterglobalista» más que antiglobalización. Se abrió así un nuevo espacio social políticamente vacío, que fue ocupado por hábiles empresarios políticos portadores de un mensaje de extrema derecha. Gracias a la convergencia de estos nuevos actores y de los partidos burgueses tradicionales se ha formado un formidable bloque de derecha. En el Norte Global, este fue para la nueva izquierda del siglo XXI el sombrío final de un brillante comienzo.

En el futuro, la humanidad se enfrentará a tres retos principales en lo que queda de siglo. En primer lugar, la cuestión de la habitabilidad del planeta, ya que las frágiles esperanzas de la conferencia de COP26 se han visto ensombrecidas por la guerra de Ucrania y sus ramificaciones. En segundo lugar, la nueva geopolítica imperial conlleva el riesgo de una guerra mundial, que nos devuelve al verano de 1914. El envite es la dominación del mundo: ¿podrá el linaje blanco de ascendencia europea mantener la posición preeminente que ha mantenido durante más de medio milenio, dado el creciente peso económico de Asia? En tercer lugar, nos topamos con el triste legado de la globalización neoliberal, cuyas abismales desigualdades siguen negando la tecnología y los avances médicos a la mayoría de la población humana. (La inteligencia artificial y la automatización también pueden causar grandes desastres, pero disponemos de pocos conocimientos fiables sobre su posible evolución y comportamiento). En la actualidad es imposible predecir cómo se enfrentará la nueva izquierda a estos tres retos, pero las perspectivas no son muy buenas.

Crisis climática. En el amplio movimiento climático existe la convicción de que evitar la catástrofe planetaria tendrá que implicar una profunda transformación social, alejándose de un mundo basado en la acumulación privada y acercándose a una política del cuidado, la solidaridad y la igualdad. Así lo entienden también los científicos del clima, tal y como lo expresó un grupo de trabajo del Intergovernmental Panel on Climate

Change en 2021 (en una declaración que posteriormente fue eliminada por los supervisores políticos del grupo): «Necesitamos un cambio transformacional que opere sobre los procesos y comportamientos a todos los niveles: individual, comunitario, empresarial, institucional y gubernamental. Debemos redefinir nuestro modo de vida y de consumo»⁵⁵. Cómo deberá ser esa transformación es un tema de debate intenso y creativo en la izquierda del siglo XXI, sobre todo entre su polo reformista, que se ha aglutinado en torno a la idea del *Green New Deal*, y su polo ecosocialista, que pretende trascender el capitalismo. Este debate debe ampliarse y profundizarse, teniendo en cuenta las relaciones de poder contemporáneas y los modos y formas de cambiarlas.

Hay al menos cuatro grandes perspectivas sobre el cambio climático, que podrían resumirse así. Una es *civilizatoria y anticapitalista*, que se basa en la crítica del capitalismo moderno considerado responsable de la crisis climática a través de su despiadada dinámica de acumulación y consumo y su destructiva falta de respeto por la naturaleza. Esta concepción impulsa el movimiento de activistas climáticos radicales, incluyendo a las poblaciones indígenas de todos los continentes. Concentra su atención especialmente en la urgencia de la acción radical y trabaja por la trascendencia del capitalismo y por la construcción de una civilización posacumulación o, como dirían algunos, de «decrecimiento», orientada hacia la armonía con la naturaleza y no dirigida al dominio de la misma. Esta corriente está lejos de los salones del poder, pero posee una dinámica cultural generacional, como lo demuestra la resonancia mundial de los Fridays for Future, que bien puede tener un impacto cultural duradero, muy parecido al de la revolución de 1968.

Una segunda perspectiva se centra en la *reforma económica*, sintetizada por el *Green New Deal*, del que existen muchas variantes que comparten entre sí la opción por una economía igualitaria keynesiana desfosilizada. Este programa debería ser compatible con la socialdemocracia predominante, pero no parece contar con un respaldo significativo por parte de la misma. Desde el punto de vista político, la concepción fue desarrollada primero por la izquierda laborista británica y luego por los socialistas democráticos alineados con el DSA. En ambos casos fue derrotada en las urnas: las políticas verdes incluidas en el *Labour Party Manifesto* de 2019 fueron barridas por la rotunda victoria de Johnson y el *Green New Deal* estadounidense fue bloqueado por el grupo parlamentario del

⁵⁵ «Notes from the Editors», *Monthly Review*, vol. 73, núm. 5, 2021.

Partido Demócrata de la Cámara de Representantes antes incluso de llegar al Senado. La reforma económica verde sigue estando en el centro de la agenda política mundial, pero su impulso social se ha disipado. El paquete de inversiones pospandémico de la UE es ligeramente verde, pero no tiene ninguna ambición socioigualitaria y se aplicará bajo la férrea mirada de la Comisión.

Estas contrariedades no son razones para no seguir trabajando sobre cada uno de estos dos proyectos. Sin embargo, es urgente dejar de asumir que el apocalipsis planetario es la única alternativa. Una tercera vía es la del *capitalismo verde nacional competitivo*, esto es, una «revolución industrial verde». Hasta ahora, las respuestas más eficaces a la crisis climática se han verificado a través de la acción interestatal —el Acuerdo de París de 2015 y las promesas de Glasgow de 2021— y el Estado-nación ha demostrado su persistente centralidad durante la pandemia. Los partidos socialdemócratas nórdicos y alemanes ya contemplan la amenaza climática a través de la lente del capitalismo nacional competitivo sometido a las restricciones de la desfosilización. Diversas declaraciones recientes de algunos gobiernos transmiten este mensaje: «El mercado mundial de la transición ecológica no hace más que crecer [...]. Es una gran oportunidad para las empresas danesas, que debe ser aprovechada». «Vemos la senda hacia un escenario neutral en términos de CO₂ como una gran oportunidad para la estructura industrial alemana [*Industriestandort*]]»⁵⁶. En cuanto a la mitigación del cambio climático, los países nórdicos y Alemania lo están haciendo relativamente bien, aunque ninguno de ellos está en vías de lograr no superar los 1,5° C de calentamiento por encima de sus valores preindustriales. Pero también pueden encontrarse variantes de capitalismo verde competitivo en otros países en los que las fuerzas del capital se están movilizándolo en su favor. En Suecia, una carta abierta firmada por doscientos veintisiete empresarios, publicada durante la campaña electoral de 2022, se titulaba «Políticos, dejad de frenar la transición climática».

En cuarto lugar, existe el plan de utilizar la crisis climática a modo trampolín para *extender la financiarización global*. Esta opción es escasamente percibida más allá de los círculos de inversores o de los economistas

⁵⁶ Respectivamente, «Retfærdig retning for Danmark» [Dirección justa para Dinamarca], que resume la posición compartida de los cuatro partidos que entraron en el gobierno de coalición bajo la primera ministra socialdemócrata Mette Frederiksen en junio de 2019; disponible en altinget.dk;

financieros, pero tiene implicaciones mayores. La transición verde requerirá enormes desembolsos y aquí el capital financiero global ve una oportunidad para utilizar sus faraónicos recursos. Después de la conferencia de COP26, la Glasgow Financial Alliance for Net Zero anunció que un grupo de gestores de activos financieros, que controlan 130 billones de dólares, suma equivalente al 137 por 100 del PIB mundial, se había comprometido verbalmente a reducir sus emisiones a cero neto⁵⁷. Cómo se desenvolverá este compromiso en la práctica está por ver. Lo que sí está claro, sin embargo, es que el capital, en su mayor parte basado en Estados Unidos, se halla muy involucrado en la transición; los banqueros privados y el Banco Mundial están confeccionando planes para el «desarrollo a través de la financiarización», convirtiendo los bienes comunes en un «tipo específico de activos» [*asset class*], al tiempo que relegan el papel del Estado a la tarea de invertir en todo tipo de «infraestructuras» –de los recursos naturales a la educación y la sanidad– con el fin de «disminuir el riesgo» de la inversión privada⁵⁸.

Por supuesto, el discurso empresarial no es más fiable que la retórica política. Carbon Tracker, socio de Climate Action 100+, «la mayor iniciativa mundial de compromiso de los inversores en materia de cambio climático», en la que participan setecientos inversores responsables de más de 68 billones de dólares en activos, informó en marzo de 2022 de que «ninguna de las empresas de Climate Action 100+ centradas en la exploración y producción de petróleo y gas o en la generación de electricidad a partir de carbón y gas tiene planes de asignación de capital alineados con el Acuerdo de París»⁵⁹. El FMI anunció que el primer semestre de 2021 registró un nuevo récord mundial de emisiones de gases de efecto invernadero, impulsado por el sector manufacturero y energético. Las actuales guerras económicas en Europa están dejando en suspenso los compromisos climáticos relacionados con la energía, mientras que la financiación occidental de las fuerzas armadas ucranianas está reduciendo el ya limitado espacio económico para las políticas climáticas. Mientras las olas de calor, las sequías, los incendios forestales,

⁵⁷ «Amount of finance committed to achieving 1.5°C now at scale needed to deliver the transition», *gfanzero.com*, 3 de noviembre de 2021.

⁵⁸ Véase también «Infrastructure», *preqin.com*, septiembre de 2020, y Daniela Gabor, «The Wall Street Consensus», *Development and Change*, vol. 52, núm. 3, 2021.

⁵⁹ «ClimateAction 100+ Net Zero Company Benchmark shows an increase in company net zero commitments, but much more urgent action is needed to align with a 1.5°C future», Climate Action 100+, 30 de marzo de 2022; Henrik Jeppesen, «CA100+ a long way from destination», *Carbon Tracker*, 28 de marzo de 2022.

las inundaciones y los corrimientos de tierras se están convirtiendo en la nueva normalidad, el clima geopolítico está generando sus propias tormentas de provocación, escalada y creciente odio étnico. El movimiento climático de izquierda debe ampliar su perspectiva y dejar de concentrarse exclusivamente en la utopía y el apocalipsis para comprometerse con el contexto geopolítico y la posibilidad de un cambio capitalista y una vida planetaria subapocalíptica, aunque todavía sombría.

Geopolítica. La globalización neoliberal ha sido superada por la geopolítica imperial. Cuando el *establishment* estadounidense comenzó a darse cuenta de que China estaba ganando el juego de la globalización, cambió las reglas del juego. Esta tendencia se inició con Trump y se consolidó con Biden. El libre comercio y la libre circulación de capitales son ahora superados por los intereses nacionales, que deben ser protegidos mediante aranceles, prohibiciones de importación, restricciones de ciertas inversiones extranjeras y una determinada modalidad de guerra económica conocida como «sanciones». Esta es la doctrina de *America First*, que actualmente está siendo replicada por la doctrina de la Fortaleza Europa. La invasión rusa de Ucrania aceleró la tendencia del siglo XXI a la rivalidad, los conflictos y las guerras interimperiales. En contra de las advertencias no solo de los líderes rusos, de Gorbachov a Putin, sino de las principales figuras de la política exterior estadounidense, de George Kennan a Robert McNamara y al propio jefe de la CIA de Biden, William Burns, los sucesivos presidentes estadounidenses, de Clinton hasta el día de hoy, han persistido en la expansión de la OTAN hacia el este y en armar a Ucrania⁶⁰. Francia y Alemania, mientras tanto, se negaron a impulsar la aplicación de los Acuerdos de Minsk, que habrían garantizado la autonomía de las regiones rusófonas del este de Ucrania.

Merece la pena comparar la crisis ucraniana de finales de 2021 con la crisis de los misiles cubanos de 1962. Entonces, la guerra se evitó mediante la negociación y el compromiso: se retiraron los misiles soviéticos, Estados Unidos se comprometió a no invadir Cuba y retiró discretamente sus propios misiles de Turquía. Esta vez no se ha hecho ningún intento serio de abordar pacíficamente las preocupaciones de

⁶⁰ Sobre la oposición del *establishment* a la expansión de la OTAN, véase, por ejemplo, Michael MccGwire, «NATO expansion: “a policy error of historic importance”», *Review of International Studies*, vol. 24, núm. 1, 1998. La cita del título procede de una carta abierta dirigida a Clinton en junio de 1997 por cincuenta exsenadores estadounidenses, secretarios del gabinete, embajadores, un jefe de la CIA y varios especialistas en política exterior.

seguridad rusas, como la concesión a Ucrania de un estatus neutral a cambio de medidas conjuntas implementadas por Rusia y Estados Unidos para garantizar su soberanía. No puede defenderse de modo alguno la decisión de Putin de reeditar la invasión de Iraq por parte de Bush para forzar el «cambio de régimen» en Ucrania mediante «la conmoción y el pavor» [*shock and awe*], lo cual únicamente ha servido para unir a la Unión Europea y Estados Unidos contra Rusia. Pero las sanciones cada vez más duras de Occidente como terapia conductual ya han demostrado su fracaso contra Cuba, Irán, Venezuela y la Rusia posterior a 2014. Su principal efecto es reducir el nivel de vida de las poblaciones de los Estados sancionados. Como «armas contra la población civil», los bloqueos y las sanciones punitivas tienen una historia oscura; causaron casi un millón de muertes por hambre y enfermedad durante la Primera Guerra Mundial, mientras que no impidieron las depredaciones imperiales bajo la égida de la Liga de las Naciones. Tras la Guerra Fría, los responsables políticos estadounidenses y europeos volvieron a encapricharse con ellas. El número de sanciones se duplicó entre 1990 y 2009 y volvió a duplicarse en la década de 2010⁶¹. Castigar a sabiendas de que el castigo no producirá perspectiva realista alguna de cambio de comportamiento es una forma de sadismo. El sado-liberalismo es ahora una tendencia crucial de la política exterior occidental, siendo su cara más visible la actual presidenta de la Comisión Europea.

Dado el poderoso atractivo del nacionalismo y la xenofobia, las épocas de rivalidad geopolítica imperial son difíciles de manejar para la izquierda. La primavera de 2022 recuerda al verano de 1914 en la medida en que un conflicto devastador y carente de sentido se halla en camino y ante la cual la única respuesta racional de la izquierda fue el grito impotente de «¡Parad la guerra!». La izquierda europea de 2022 se encuentra en estos momentos en una situación similar a la que enfrentó Rosa Luxemburg en 1914, caracterizada por el aislamiento y la desesperación. Además, hoy existe el riesgo no despreciable de una guerra nuclear. Las provocaciones estadounidenses en el Mar del Sur de China también aumentan el riesgo de un conflicto entre Estados Unidos y este país en torno a Taiwán. Si esto ocurriera, lo más probable es que se trate de un caso de «sonambulismo» hacia la guerra, como sucedió en la Primera Guerra

⁶¹Nicholas Mulder, *The Economic Weapon: The Rise of Sanctions as a Tool of Modern War*, New Haven (CT), 2022, pp. 5 y 296. La caracterización de las armas contra la población civil es de Mulder. Cf. sobre las sanciones recientes Richard Nephew, *The Art of Sanctions*, Nueva York, 2018.

Mundial, auspiciado por errores de cálculo y por una escalada irresponsable del conflicto. A principios de la década de 2000, la juventud de izquierda protestó contra la globalización neoliberal; tenía toda la razón. Pero el mundo geopolítico que se avecina es más oscuro y amenazante.

Marcha adelante de Asia. Sigue existiendo la posibilidad de que se produzcan desplazamientos tectónicos de poder sin que estalle la guerra. La visión tendencial del mundo de la izquierda del siglo XX podría resumirse como «la marcha hacia delante del movimiento obrero»⁶². El equivalente del siglo XXI se encuentra en un registro social diferente, geográfico más que social: la marcha hacia delante de Asia. En los conflictos y luchas del mundo contemporáneo subyace una deriva continental fundamental. Lo que ocurrirá con la hegemonía mundial estadounidense en este siglo sigue siendo una cuestión abierta, pero su férreo control está debilitándose claramente. Los mandatarios latinoamericanos pueden ahora rechazar una invitación de Estados Unidos a una Cumbre de las Américas, porque no se ha invitado a todos los jefes de Estado; los intentos de reclutar a los países de Asia, África y América Latina en una guerra económica global contra Rusia han fracasado. Estados Unidos sigue disponiendo, sin embargo, de formidables recursos, principalmente militares y financieros, y Europa es un colaborador cada vez más fiel. China, con su asombroso ascenso tecnoeconómico, es el rival más directo, pero a largo plazo el creciente peso de Asia como continente parece una apuesta más segura. La India está llamada a competir por el *estatus* de gran potencia y el bloque de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), que incluye a grandes países en rápido desarrollo como Indonesia y Vietnam, también está avanzando. Esta tendencia puede implicar, tarde o temprano, la reestructuración del sistema financiero mundial, poniendo fin al dominio de Estados Unidos y Europa sobre el mismo. También significará la capacidad cada vez menor de imponer los «valores occidentales» en el mundo.

Para la izquierda no asiática, la marcha adelante de Asia no tiene todavía un significado claro y su trayectoria dependerá de cómo se desarrollen las luchas sociales en la propia Asia, pero sí supone una clara advertencia contra el eurocentrismo, el americanocentrismo y el acomodamiento

⁶² Cf. la clarividente conferencia de Eric Hobsbawm, «The Forward March of Labour Halted?», publicada con respuestas a la misma en un libro del mismo título publicado por Verso en 1981. Como muchos pensadores dotados, Hobsbawm se adelantó a su tiempo, pero no por mucho.

a la OTAN por parte de Occidente y, del mismo modo, contra el asiaticismo en Asia. Al tiempo que mantiene los pies firmemente en el suelo de su propia geocultura, la perspectiva político-intelectual de la izquierda debe ser también verdaderamente global y planetaria. Para la izquierda del Norte global dicha perspectiva debe incluir el reconocimiento de la existencia de una diferencia crucial entre Estados Unidos, por un lado, y China y la India, por otro. Estados Unidos sigue siendo el bastión definitivo del capitalismo y, como imperio misionero cristiano, aspira a hacer que el resto del mundo sea como él, mientras que China y la India no tienen esa ambición. Un mundo pluralista en el que no exista una superpotencia hegemónica debería ser sin duda un objetivo de la izquierda.

Lucha de clases. El siglo XXI no sólo tendrá que ver con la resiliencia climática y la geopolítica. También tendrá que ver con la lucha de clases a escala mundial. En 2020 la renta media del 1 por 100 más rico del mundo era ciento cuarenta y cuatro veces superior a la renta media de la mitad más pobre de la humanidad, el doble que en 1820, esto es, en la era pre-democrática y poco antes de la Revolución Industrial⁶³. La existencia de una pobreza dantesca en medio de la más grotesca abundancia es una tendencia persistente en la historia humana, pero en el momento actual esta presenta dos nuevas características. En primer lugar, la capacidad y los recursos sin precedentes del mundo contemporáneo para cambiar esta situación: la tecnología, la medicina y la superabundancia de capital. En segundo lugar, nunca antes los «condenados la tierra» habían estado tan conectados, tanto con el resto del mundo como entre ellos mismos. En su conjunto, estas posibilidades a nuestro alcance pero negadas crean una situación explosiva, especialmente en los Estados nacionales frágiles atravesados por crecientes desigualdades. Si ser de izquierda tiene algún sentido, tal debe incluir el compromiso con la igualdad humana, con la posibilidad de que todos realicen sus capacidades en la vida, lo cual no debe reducirse a los recursos materiales, sino incluir también la igualdad vital, es decir, la igualdad de oportunidades de una vida larga y saludable y la igualdad existencial al hilo de la cual la libertad, el reconocimiento y el respeto son universales⁶⁴. Aquí, por razones de espacio, me concentraré principalmente en la desigualdad económica, sobre la que hay más datos comparativos disponibles, y me limitaré en gran medida a lo que antes se llamaba el Tercer Mundo, donde se encuentran los niveles de desigualdad más duros y donde la izquierda se enfrenta a su situación más difícil.

⁶³ Lucas Chancel *et al.*, *World Inequality Report 2022*, París, World Inequality Lab, p. 59.

⁶⁴ Göran Therborn, *The Killing Fields of Inequality*, Cambridge, 2013.

Por supuesto, la desigualdad es en sí misma desigual, siendo peor en los Estados petroleros de Oriente Próximo y en el África subsahariana. Como podemos ver en el cuadro 3, una persona del decil más rico de la población mundial tiene ahora unos ingresos treinta y ocho veces superiores a los de una persona perteneciente a la mitad más pobre del planeta; el ingreso de los hombres es como media el 70 por 100 más elevado que el de las mujeres. Debemos, pues, examinar estas tendencias a escala global-regional y las perspectivas de la izquierda para combatirlas.

CUADRO 3: *Ratios de renta mundial per cápita, 2020*

Región	Decil superior/ cinco deciles inferiores	Hombres/mujeres
Oriente Próximo y Norte de África (a)	32	5(b)
África subsahariana	31	1,5
América Latina	27	1,7
Asia meridional y sudoriental	22	4,4
América del Norte	17	–
Rusia y Asia Central	16	–
Asia Oriental	16	1,5
Europa	10	–
Europa y Asia Central	–	2
Países altamente desarrollados	–	1,65
Mundo	38	1,7

Notas: a. Estados árabes. La renta incluye las pensiones y las prestaciones por desempleo antes de impuestos y otras prestaciones; la columna hombres/mujeres se refiere a la renta nacional media per cápita, que refleja en gran medida las diferencias de género existentes en la participación en la fuerza de trabajo remunerada.

Fuentes: 10 por 100 superior/50 por 100 inferior: *World Inequality Report 2022*, cit., p. 31; Hombres/mujeres: *Human Development Report 2021-2022*, p. 289.

América Latina tiene la izquierda más articulada y posee la experiencia reciente más ambiciosa de reducción de la desigualdad. Tras un breve reflujó de la «ola progresista», la izquierda latinoamericana está repuntando, habiendo ganado las elecciones en México, Perú, Chile y Colombia, y regresando al poder en Argentina y Bolivia. Pero el futuro de esta ola de la izquierda latinoamericana parece menos prometedor que el de su predecesora. La última vez que estuvo en el poder, el lulismo brasileño redujo drásticamente la pobreza extrema y abrió la educación a los pobres, pero, como ha demostrado Piketty, solo tocó la desigualdad

existente en el seno del 90 por 100 inferior de la población, dejando intactos la riqueza y los privilegios del decil superior. La elección de Geraldo Alckmin, una pieza clave de la burguesía paulista, por parte de Lula como vicepresidente sugiere que no se desviará de este rumbo tras ganar las elecciones de 2022. En Chile, el prometido entierro del neoliberalismo bajo el mandato de Boric ha quedado en suspenso por tiempo indefinido tras el rotundo rechazo del electorado del proyecto de Constitución de 2022, que consagraba los derechos sociales y, sobre todo, los derechos de los pueblos indígenas. Boric ha leído estas señales y se ha movido hacia la derecha, preservando la propiedad privatizada de los antiguos servicios públicos. La derrota se debió sobre todo a los sectores menos comprometidos o informados políticamente de las clases populares, que, con el sistema de voto obligatorio, se dejaron influir por una campaña masiva de desinformación y manifestaron una sospecha reflexiva ante los derechos indígenas. Sin embargo, también mostró el escaso arraigo popular de los partidos de la izquierda chilena, que quedaron profundamente heridos por el resultado del referéndum⁶⁵.

La elección en 2021 como presidente de Perú de Pedro Castillo, un maestro de escuela mestizo del altiplano andino que concurrió a las elecciones con el Partido Político Nacional Perú Libre, de filiación marxista-leninista, ha visto cómo se extinguía efectivamente una vacilante llama de protesta de la población periférica contra los descendientes de los colonos blancos de Lima, bajo la dirección ideológica de Mario Vargas Llosa. Castillo había sido un exitoso líder huelguista, pero no tenía ni la experiencia política ni el apoyo popular para realizar su programa. Desde su toma de posesión ha ido dando tumbos de una crisis política a otra, acechado por un parlamento vengativo en manos de la derecha. Algo más prometedora es la situación del nuevo presidente colombiano Gustavo Petro, un experimentado exguerrillero y antiguo alcalde de Bogotá, que se presenta con un programa no extractivista digno del siglo XXI, con una feminista afrocolombiana, Francia Márquez, como su vicepresidenta⁶⁶. En México, López Obrador y su partido Morena siguen siendo populares y es posible que pase el testigo a otro progresista una vez que concluya su mandato, aunque su trayectoria general ha sido desigual. Bolivia sigue su curso plurinacional y desarrollista, pero la izquierda gobernante está más fracturada que antes del golpe

⁶⁵ Camila Vergara, «La batalla por la Constitución de Chile», *NLR* 135, julio-agosto de 2022.

⁶⁶ Forrest Hylton y Aaron Tauss, «Colombia en la encrucijada», *NLR* 137, noviembre-diciembre de 2022.

contrarrevolucionario de 2019. Mientras tanto, las perennes crisis de la deuda externa han vuelto a la progresista Argentina.

Esta segunda marea de la izquierda del siglo XXI en América Latina no ha producido hasta ahora ningún líder brillante y visionario en la línea de Chávez, Morales o Correa. Sus esperanzas y ambiciones se han visto reducidas desde la década de 2000. Sin embargo, los temblores del terremoto político de América Latina siguen siendo palpables. Los partidos anteriormente dominantes en el continente, a menudo afiliados a la Alianza para el Progreso estadounidense, han sido barridos o marginados en Venezuela, Bolivia, México, Chile y Colombia. En Sudamérica están surgiendo movimientos negros y el feminismo combativo se ha convertido en un elemento omnipresente. La sombra de Estados Unidos sigue planeando sobre las Américas al sur de Río Grande y las guerras de estrangulamiento económico libradas contra Cuba y Venezuela siguen su curso, pero los latinoamericanos han empezado a levantarse.

África es, en varios sentidos, un continente de dolor. Su economía más desarrollada, Sudáfrica, es más desigual que el propio mundo y esto es el logro de un movimiento de liberación nacional, que puso fin al *apartheid* racial. Ha habido momentos de rápido crecimiento económico en el África subsahariana durante los últimos años, pero también es la única región del mundo en la que la pobreza extrema ha aumentado en términos absolutos entre 1998 y 2018 en aproximadamente 110 millones de personas, algo debido en buena medida a las persistentes altas tasas de natalidad⁶⁷. Es la segunda región más desigual del planeta, después de Oriente Próximo⁶⁸.

África no es, sin embargo, un continente pasivo y obediente; es, por el contrario, un continente contestatario, sede de protestas populares, que encuentran mucho contra lo que protestar: subidas repentinas del precio de los alimentos y del combustible, empeoramiento de la pobreza, ausencia de prestación de los servicios públicos, corrupción perenne y fraude electoral. La rivalidad y la competencia étnicas son también una realidad. Las protestas son a menudo violentas, tanto en los campus universitarios como en las protestas urbanas, que han incluido una ola de

⁶⁷ World Bank Extreme Poverty Data.

⁶⁸ Desde 2000, la desigualdad económica ha sido en general establemente alta en África, pero variable entre los distintos países. La apropiación de la renta nacional por parte del 10 por 100 más rico ha aumentado en el África meridional, habiendo disminuido en Nigeria y Túnez y mostrado tan solo pequeñas variaciones en la mayoría de los demás países, incluyendo Egipto, Etiopía, la República Democrática del Congo, Ghana y Kenia. Véase la *World Inequality Database*, <https://wid.world>.

«levantamientos contra el FMI» y sus programas de ajuste estructural. Los núcleos sindicales, las organizaciones profesionales, como las que organizaron la revolución democrática en curso en Sudán, por ejemplo, y las asociaciones estudiantiles, tanto en las escuelas secundarias como en las universidades, organizan nuevas iniciativas y a veces proporcionan funciones de liderazgo; pero el gran precariado de los jóvenes subempleados suele constituir el grueso de las mismas. No obstante, «aunque las protestas son frecuentes, los movimientos populares de base amplia son débiles y especialmente vulnerables a la cooptación y al colapso»⁶⁹. Se trata de movimientos de indignación efímeros y reactivos, que suelen ser objeto de represión y que, en ocasiones, obligan a las autoridades a retroceder, pero que rara vez precipitan el cambio político.

La izquierda africana se desarrolló como un movimiento anticolonial contra las potencias imperiales y los colonos extranjeros, su explotación y su racismo. La liberación nacional, y no la emancipación de la clase obrera, era su principal objetivo. En África, el nacionalismo se desarrolló durante el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial, pero una generación más tarde que en Asia. Su atracción por las alternativas no capitalistas se centró principalmente en los modelos de desarrollo socioeconómico para los que el rápido crecimiento de la Europa del Este, anteriormente subdesarrollada, constituyó un ejemplo. El «socialismo africano», ya fuera autóctono, como en la Tanzania de Nyerere y la Zambia de Kaunda, o importado del bloque soviético, como en Angola, Mozambique y otros lugares, constituyó un vehículo para un modelo de desarrollo implementado desde arriba por líderes preocupados por preservar la unidad de sus naciones étnicamente divididas y dotadas de fronteras arbitrarias. El socialismo como libertad e igualdad nunca estuvo en primer plano. Con la caída del comunismo, las importaciones del marxismo-leninismo se detuvieron y se olvidaron. Hasta ahora, las elecciones multipartidistas no han conseguido crear ninguna fuerza de izquierda significativa. La delimitada estructuración de clase característica de esta economía continental, consistente en gran medida en la agricultura familiar presente en sociedades étnicamente fragmentadas, contribuyó en buena medida a la debilidad de su izquierda poscolonial.

Sudáfrica es diferente, ya que cuenta con una izquierda articulada en el Congreso Nacional Africano y en el Partido Comunista Sudafricano, aliado

⁶⁹ Alex de Waal y Rachel Ibreck, «Hybrid social movements in Africa», *Journal of Contemporary African Studies*, vol. 31, núm. 2, 2013.

del primero, así como con un movimiento sindical combativo. ¿Cómo puede comprenderse, pues, su singularmente inequitativa distribución de la renta? En 2020 la relación entre los ingresos medios del decil superior y el 50 por 100 inferior de la población mundial era de 38, casi la misma que en 1900 (41), pero la relación sudafricana, un cuarto de siglo después de la caída del *apartheid*, era de 63⁷⁰. Sigue siendo un enigma, incluso para los investigadores especializados, que también han analizado otros aspectos del proceso, detallando los logros tangibles de los gobiernos posteriores al *apartheid* en materia de vivienda colectiva, escolarización, servicios públicos y prestaciones de ayudas de subsistencia para los pobres. Una de las claves de la actual desigualdad económica sudafricana parece ser que el régimen democrático heredó del *apartheid* una sociedad con dos economías diferentes: por un lado, una próspera economía blanca dominada por una minería muy rentable (incluidos el oro y el platino) y las finanzas, y, por otro, una economía negra pobre ligada a la agricultura de subsistencia, además de una economía urbana informal de trabajo servil. La principal tarea igualitaria era unir las dos, lo que podría haberse logrado de modo más efectivo mediante la industrialización a gran escala, lo cual no es fácil dada la dualidad de Sudáfrica y su posición en la economía mundial.

El Congreso Nacional Africano dio prioridad a otra vía, el «empoderamiento negro», es decir, la apertura a los empresarios negros del acceso a la cima de la economía blanca. Este objetivo se cumplió exitosamente, pero tuvo tres consecuencias fatales. En primer lugar, reprodujo la división entre las dos economías. En segundo, la ideología del «enriquecimiento» implícita en el programa tuvo un efecto muy corrosivo sobre los cuadros de gobierno del Congreso Nacional Africano, promoviendo la corrupción y la búsqueda de rentas a todos los niveles. Finalmente, la mayoría popular se fragmentó. En 2011, la distribución de la renta entre la población sudafricana negra, que presentaba un coeficiente de Gini de 0,55, era aproximadamente la misma que la registrada entre el conjunto de la población de Brasil o la India⁷¹. La izquierda sudafricana no ha podido o no ha querido asumir el riesgo de luchar para rectificar esta evolución⁷².

⁷⁰ L. Chancel *et al.*, *World Inequality Report 2022*, cit., pp. 55, 227.

⁷¹ La cifra sudafricana procede de *Poverty Trends in South Africa*, Statistics South Africa 2014. Véase además Göran Therborn, «South African inequalities in a global perspective», en Crain Soudien *et al.*, *Poverty & Inequality*, Ciudad del Cabo, 2019.

⁷² Los intentos de formar una oposición de izquierda en torno al Sindicato de Trabajadores del Metal parecen haberse desvanecido y el Partido Comunista ha tenido sus razones para no correr el riesgo de romper su alianza con la todavía capaz maquinaria del Congreso Nacional Africano.

El siglo XXI no ha presenciado hasta ahora demasiadas innovaciones por parte de la izquierda subsahariana, ni un gran fortalecimiento de la misma. La prolongada lucha por la democracia en Sudán es un logro aún no resuelto. La Primavera Árabe del norte de África fue un movimiento impresionante, que inspiró a los indignados del sur de Europa y que también causó revuelo al sur del Sáhara, pero no ha tenido grandes efectos duraderos⁷³. Incluso en sus países de origen y a pesar de sus raíces en las luchas de la clase obrera egipcia de 2008 y la intervención decisiva de los sindicatos tunecinos en el derrocamiento de la dictadura, ambos movimientos de protesta fueron superados electoralmente por el islamismo conservador, que en Egipto fue aplastado por los militares. Dadas las actuales perspectivas de crecimiento económico de muchos países africanos, es probable que las diferencias existentes entre los privilegiados y el pueblo se agranden y se vean agravadas por la vulnerabilidad desigual ante los inminentes desastres derivados del cambio climático. Es poco probable que las masas africanas se traguen esta situación pacíficamente. Con o sin articulación de la izquierda, también están más interconectadas y son más susceptibles de movilización que nunca antes. Con su peso demográfico aún en rápido crecimiento –se estima que constituirá entre el 20 y el 25 por 100 de la población mundial en 2030–, África se encamina a sucesivas décadas de explosiones sociales, a menos que se produzca un cambio de rumbo.

El anticolonialismo asiático moderno fue precoz y alcanzó la mayoría de edad en la época de la Revolución Rusa. Se inspiró directamente en el comunismo revolucionario y recibió el apoyo material de la Internacional Comunista. Comprimiendo una larga y compleja historia en dos líneas, podríamos definir el resultado para la izquierda asiática del siguiente modo: por un lado, el triunfo del comunismo, tras largas y sangrientas guerras, en China, Corea del Norte, Vietnam, Laos y Camboya; y, por otro, la derrota y la masacre de comunistas y otros izquierdistas por parte de las potencias imperiales y la reacción local, a menudo trabajando conjuntamente, en Corea del Sur, Filipinas, Malaca, Tailandia, Indonesia, el Asia árabe occidental e Irán. En este panorama represivo

⁷³ El Partido Socialista de Senegal, antaño una importante fuerza de la socialdemocracia africana que en 2011 pretendió desencadenar una Primavera Africana, nunca recuperó su fuerza anterior y se desintegró en 2019. Ernest Harsch, «An African Spring in the Making: Protest and Voice across a Continent», *Whitehead Journal of Diplomacy and International Relations*, vol. 13, núm. 1, 2012; Moussa Diaw, «Sénégal: la bataille de succession au Parti socialiste aura-t-elle lieu?», *The Conversation*, 5 de agosto de 2019.

–del comunismo gobernante y de los comunistas asesinados– el espacio abierto a la nueva cultura intelectual de izquierda, así como a la organización y la movilización populares, se ha visto gravemente restringido.

La India es la principal excepción⁷⁴. Allí, el Partido del Congreso se comprometió a hacer de la India una sociedad socialista. Compitió democráticamente, aunque en ocasiones de forma brusca, con los comunistas y otros socialistas. La India cuenta con fuertes tradiciones intelectuales y ha generado una brillante intelectualidad de izquierda. Sin embargo, este espacio de la izquierda, antaño floreciente, se ha reducido drásticamente marginado por el auge del nacionalismo hindú. El socialismo nehruviano siempre tuvo un cierto distanciamiento brahmánico (y harroviano) de la vida cotidiana de la gente corriente, lo cual propició su descuido de la educación primaria, la atención sanitaria y el saneamiento. En 1991 un gobierno del Partido del Congreso abrió las puertas a la liberalización económica. Al año siguiente, una efímera coalición opuesta al mismo creó un nuevo campo para la política de castas mediante una ley que institucionalizaba más cuotas de casta en el empleo público, lo cual desencadenó la reacción de las castas superiores, que constituyen parte de las bases del BJP (Partido Popular Indio) de Modi, así como la movilización política de las castas inferiores en los gobiernos estatales. El Partido del Congreso se ha convertido ahora en poco más que un grupúsculo de patrocinio dinástico.

El comunismo indio se dividió tras el vigésimo Congreso del PCUS, saliendo fortalecida la facción más ortodoxa y contraria a Jruschov. El PCI (marxista) dirigió un gobierno del Frente de Izquierda en Bengala Occidental durante un cuarto de siglo, pero perdió el poder en 2011, tras, entre otras cosas, la feroz resistencia de los agricultores a su plan de inversión industrial *à la* Deng Xiaoping. Los comunistas indios han sido pragmáticos y, en muchos sentidos, exitosos gobernadores de los estados dirigidos por ellos, y todavía lo son en Kerala, donde el PCI (m) lidera actualmente el gobierno del Frente de Izquierda. Pero el comunismo indio ya no es una fuerza nacional importante, ya que ha sido fuertemente

⁷⁴ Una menor ha sido el trotskismo en Sri Lanka, de cierta importancia nacional a finales del siglo pasado y que en su día fue el orgullo de la Cuarta Internacional. En Asia han surgido algunos partidos y líderes nacionales de centroizquierda, como el Partido Popular de Pakistán de Zulifkar Ali Bhutto, miembro de la Internacional Socialista, y el partido Thai Rak Thai de Thaksin Shinawatra, ambos convertidos en instrumentos políticos dinásticos de importancia exclusivamente nacional, a diferencia de lo sucedido con la tradición populista latinoamericana.

derrotado en los frentes sindicales, tanto de los agricultores como de los trabajadores, desde la década de 1970. Los servicios sociales indios se han ampliado en el siglo XXI, pero la desigualdad económica ha superado la de la época colonial tardía, ya que el decil más rico se apropia del 57 por 100 de la renta nacional y la mitad más pobre sólo del 13 por 100⁷⁵.

Sin embargo, incluso bajo la bota de un presidente nacionalista hindú autoritario, la India sigue siendo un país de instituciones correctoras, de los sistemas de cuotas para las Castas y Tribus Registradas (*Scheduled Castes and Scheduled Tribes*) y para las Otras Castas Atrasadas (*Other Backward Castes*), a los periodos de empleo garantizado para los trabajadores rurales no cualificados. La India es también un lugar de movilizaciones populares. El intento de mercantilizar la compra de productos agrícolas en 2020 se topó con enormes movimientos de protesta por parte de una gran coalición de agricultores, jornaleros agrícolas y otros sindicatos, que bloquearon carreteras y ocuparon el espacio urbano con sus tractores, al tiempo que añadía la *dharna*, una sentada efectuada ante la residencia de un adversario (táctica originalmente utilizadas para presionar a un deudor moroso y ahora a un representante del poder) al repertorio de la protesta del siglo XXI. Tras un movimiento de masas que se prolongó durante un año y que supuso el mayor paro laboral de la historia del mundo y tras pagar el precio de setecientas muertes, el gobierno de Modi finalmente cedió y derogó las «Leyes Negras de la Agricultura» de 2020, esto es, la *Farmer's Produce Trade and Commerce (Promotion and Facilitation) Act*, la *Farmers (Empowerment and Protection) Agreement of Price Assurance and Farm Services Act* y la *Essential Commodities (Amendment) Act*⁷⁶.

La política de castas ha generado un conjunto de «partidos pro justicia social», que representan a los *dalits* y a las Otras Castas Atrasadas y que ocasionalmente han ganado elecciones estatales en el norte de la India. En la actualidad se encuentran en una situación complicada, pero ya han contribuido sustancialmente a la reducción de la desigualdad existencial. Uno de los principales problemas de la movilización igualitaria en el Tercer Mundo es la heterogeneidad de las clases populares y por ende sus divisiones en función de la etnia, la raza, la religión y la casta, siendo estas dos últimas particularmente relevantes en el caso de la India. La

⁷⁵ L. Chancel et al., *World Inequality Report 2022*, cit., p. 197.

⁷⁶ I. Ortiz et al., *World Protests: A Study of Key Protest Issues in the 21st Century*, cit., afirman que 250 millones de personas participaron en las protestas de los agricultores, p. 53. Para un análisis de la *dharna*, véase Paramjit Singh, «Punjab's Peasant Movements», *Economic and Political Weekly*, vol. 57, núm. 23, 4 de junio de 2022.

mayoría de los musulmanes de la India son pobres y están cada vez más acosados y estigmatizados por el actual gobierno nacionalista hindú, que en ocasiones cuenta con el apoyo de los *dalits* y de las Otras Castas Atrasadas hindúes. Reunir a los *pasmanda*, esto es, a los musulmanes *dalits*, resulta difícil por el hecho de que la *umma* [comunidad de los creyentes] en la India tiene una capa superior dirigente (la «clase *ashraf*»), definida por su linaje y carente de intereses económicos comunes con las «clases atrasadas» musulmanas.

La compleja política de coalición de la lucha de clases asiática también ha estado en juego en Indonesia, otro país donde la desigualdad se ha disparado recientemente, aunque sin llegar a los niveles indios. En otoño de 2020, el presidente Jokowi, elegido como un reformista social, presentó un nuevo marco legal para las empresas y los trabajadores, que recortaba los derechos laborales y se orientaba a la captación de más inversión extranjera. La oposición extraparlamentaria a gran escala que generó tal normativa, expresada en forma de manifestaciones y huelgas masivas, incluyó no solo a la totalidad de los pequeños sindicatos profesionales, sino también a estudiantes universitarios y a varias grandes organizaciones musulmanas, tanto ligadas a la *ulema*, esto es, la comunidad de estudiosos del islam y de la *sharia*, como a los fieles ordinarios. Había mucho en juego para el capital y la ley fue finalmente aprobada por el Parlamento y firmada por el presidente indonesio.

También China se ha hecho famosa por su desigualdad, aunque su tasa es menos pronunciada que las de la India e Indonesia. A la búsqueda de un nuevo rumbo en la década de 1980, Deng acabó rechazando los modelos de desarrollo relativamente igualitarios de Japón y Corea del Sur y optó por un capitalismo más jerárquico, similar al de Singapur. Las protestas generalizadas que se han producido en China relacionadas con la tierra y las condiciones de trabajo se han reducido durante la pandemia, mientras el pensamiento de izquierda independiente que floreció allí hasta 2007, en revistas como *Dushu*, parece haber sido prácticamente silenciado en los últimos años⁷⁷. Sin embargo, el gobierno comunista y el compromiso oficial con el «socialismo con características chinas» no carecen de importancia distributiva, lo cual se demuestra en la erradicación efectiva de la pobreza extrema durante la década de 2010, en la domesticación de algunos magnates empresariales, en los

⁷⁷ Zhang Yongle, «¿Tiene la lectura “zonas prohibidas”? *Dushu* y la *intelligentsia* china», *NLR* 49, marzo-abril de 2008.

esfuerzos actuales por aprovechar las nuevas tecnologías para aliviar la pobreza rural y en la transición a las energías renovables, así como en el ideal de una «prosperidad común para todos».

El desafío ante la desigualdad requerirá tanto movilizaciones masivas en torno a una política de coalición, como políticas e instituciones estatales innovadoras. Por el momento, no se vislumbran ni políticas igualitarias vigorosas, ni estrategia prometedora alguna para imponerlas desde abajo. Pero las luchas sociales se han reactivado tras la pandemia. En algunos países del Sur, han tomado la forma de grandes coaliciones de trabajadores, campesinos, estudiantes, profesionales, organizaciones de pueblos indígenas, del precariado y de los jóvenes desempleados. Esta lucha de clases adopta formas diferentes a las del siglo xx y puede tener el potencial de impulsar el cambio social, ya que estas alianzas corresponden a las diferentes estructuras sociales y culturales del Sur global imperantes en siglo xxi.

6. SOCIALISMO: COROLARIO

Aunque el planteamiento marxiano para comprender la clase y el capitalismo no ha sido superado todavía, no es menos cierto que el siglo xxi carece de una dirección dialéctica y ni siquiera de una dirección elemental de desarrollo humano: en la década de 2010, la tendencia al crecimiento de la esperanza de vida se quebró en Estados Unidos y en el Reino Unido; y en 2020 y 2021, el Índice de Desarrollo Humano de la ONU cayó por debajo de su nivel de 2017⁷⁸. La crisis climática ya está produciendo niveles de calor sin precedentes, así como sequías e inundaciones jamás vistas, que están desplazando a millones de personas de sus hábitats originales. La propia supervivencia de partes de la humanidad pende de un hilo. Este es un siglo de incertidumbre e imprevisibilidad, colocado bajo los oscuros nubarrones de la catástrofe inminente. Otro mundo sigue siendo posible, aunque el camino hacia él parece ahora más sombrío y peligroso que a principios de siglo, caracterizado por la presencia de los militantes altermundistas, los Foros Sociales Mundiales ecuménicos, los creativos manifestantes antiausteridad, los indignados partidarios de la democracia

⁷⁸ David Walsh *et al.*, «Bearing the Burden of Austerity: How Do Changing Mortality Rates in the UK Compare between Men and Women?», *Journal of Epidemiology and Community Health*, 4 de octubre de 2022; Jessica Ho y Arun Hendi, «Recent Trends in Life Expectancy across High Income Countries: Retrospective Observational Study», *British Medical Journal*, 22 de agosto de 2018; UN Human Development Index.

real y los brotes de socialismo. Sin embargo, las grietas del sistema mundial están abriendo espacios para nuevas rondas de creatividad de la izquierda, al tiempo que la ira humana ante la injusticia global se ha fortalecido como fuerza de cambio.

Ante nosotros y nosotras se yerguen retos formidables. Si la nueva izquierda ha comenzado a abordar las complejidades de la crisis climática, apenas ha empezado a investigar las formas hipertrofiadas de la acumulación financiera de capital o a explorar los tipos de solidaridad global necesarios para garantizar la acción planetaria en un mundo de creciente rivalidad imperial. Cómo evaluar las cuestiones que plantean las inestables nuevas divisiones geopolíticas y cómo encontrar respuestas prácticas frente a ellas serán tareas realmente difíciles y exigentes de este siglo, en particular para la izquierda del Norte global. Estas respuestas tendrán que combinar una concepción crítico-realista de las relaciones internacionales con otra idealista en aras de la paz y del derecho humano a la vida. Ninguna izquierda racional puede enrolarse en la defensa de la dominación mundial estadounidense o en la perpetuación del dominio practicado por Occidente durante el último medio milenio, aunque ambos se revistan de los recién inventados «valores universales». Para la izquierda de hoy, como para Jaurès y Luxemburg, la única posición geopolítica coherente es la de intentar detener la próxima guerra mundial mientras se lucha por la emancipación humana.

En el Norte global, los parámetros de la política electoral se han desplazado en detrimento de la izquierda, habiéndose producido la captura de una parte de las clases populares por una nueva derecha nacionalista xenófoba. En América Latina se está produciendo un giro más progresista, pero sin la audacia de principios de siglo. En África y Asia aún no se vislumbran tendencias políticas claras, aunque sí la resistencia popular a la política existente. Es posible que la izquierda del siglo XXI no esté aún suficientemente preparada para los previsibles retos que le esperan, pero ya ha demostrado su capacidad de conexión, de protesta y de resistencia. Su dinamismo creativo, a diferencia del cansancio y el desánimo de la izquierda de la primera fase neoliberal, y su rebelde movimiento de masas son dos motivos racionales para ser cautelosamente optimistas sobre su capacidad para afrontar los próximos retos, dicho esto sin dejar de poner de relieve también la incertidumbre de la oscuridad del momento presente. La izquierda del siglo pasado no tiene recetas que ofrecer en estos momentos, pero su historia de derrotas,

errores y fracasos, así como de victorias y logros, es una rica herencia de experiencia accesible a las generaciones venideras.

El socialismo fue el horizonte de la izquierda del siglo xx. Resurgió brevemente como «socialismo del siglo xxi» en una media luna latinoamericana que se extendía desde Venezuela hasta Bolivia, y como «socialismo democrático» en Estados Unidos y en el Reino Unido, todavía marginal en el primero, aunque en proceso de crecimiento; aplastado por una vergonzosa campaña orquestada, en el segundo. En el Sur global poscolonial y en Europa no queda gran cosa de ese horizonte socialista, ni siquiera en la izquierda. Se trata de una pérdida histórica de visión: la pérdida de un futuro imaginario inspirador. Es cierto que las vigorosas olas de oposición antineoliberal de la nueva izquierda y la inventiva de su práctica han demostrado que esta pérdida no es fatal. Existen gafas de varios tipos. La historia del siglo xx también nos ha enseñado que las transformaciones sociales rara vez se hacen según modelos preestablecidos. Sin embargo, una larga marcha necesita una dirección.

El capitalismo realmente existente será cada vez más objeto de desafío en este siglo. Aunque dispone de determinados recursos para hacer frente a la catástrofe climática, las soluciones capitalistas se adaptarán, en el mejor de los casos, a los correspondientes nichos de clase de determinadas regiones afortunadas. La actual economía de mercado mundial tendrá que cambiar profundamente, de un modo u otro; las luchas sociales y políticas y la imaginación práctica determinarán cómo se efectúa ese cambio. Al mismo tiempo, la marcha hacia delante de Asia significa que el espacio para las prácticas y valores occidentales se reducirá, aunque no sabemos todavía cómo. Por último, se planteará la cuestión existencial suscitada por un número cada vez mayor de personas, ahora mejor informadas y mejor conectadas que nunca. ¿Por qué debemos aceptar que el actual sistema socioeconómico, que ofrece abundancia y riqueza a lo sumo al 30 por 100 de la población humana y exclusión, explotación y vidas brutales, desagradables y cortas al resto de la misma, es lo máximo que puede construir la humanidad? La izquierda debe desempeñar un papel crucial en los monumentales desafíos del siglo xxi. Es hora de prepararse.